

# La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 22 DE AGOSTO DE 1898

Núm. 869



EL DESAYUNO, cuadro de R. Madrazo (de fotografía de Franz Hanfstaengel de Munich)



**Texto.** — *La vida contemporánea.* Mondáriz, por Emilia Pardo Bazán. — *José Fernández Bremón*, por Alejandro Larrubiera. — *Tres cartas*, por J. Menéndez Agosty. — *Crónica de la guerra*, por A. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA.** *Influencia meteorológica de los bosques.* — *Regulador automático de tensión.* — *El calor desarrollado por las lámparas incandescentes.* — Libros recibidos.

**Grabados.** — *El desayuno*, cuadro de R. Madrazo. — *José Fernández Bremón.* — *El asalto*, cuadro de W. A. Bouguereau. — *Schoenhäusen. Casa en donde nació el príncipe de Bismarck.* — *Friedrichsruhe. La colina con el grupo de la cierva vencedora, sitio indicado por Bismarck para su sepultura.* — *Bismarck en 1883.* — *Bismarck á la edad de trece años.* — *Luisa Guillermina Menken, madre de Bismarck.* — *¡A la salud del cocinero!*, cuadro de F. Brunery. — *Los bebedores de sangre*, cuadro de J. F. Gueldry. — *El Ave María después de la batalla del monte Isel (1809)*, cuadro de A. Egger Lienz. — *El arquitecto Carlos Garnier.* — *Napoleón en campaña, 1809*, cuadro de E. Brisset. — *Una merienda en el pequeño Triandón*, cuadro de J. J. L. Fauret. — *Un mercado en Amalfi*, cuadro de P. Salinas. — *Regulador automático de tensión.* — *La noche de San Bartolomé*, cuadro de Juan Everett Millais.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### MONDÁRIZ

No siempre hemos de tratar de guerras y paces; no siempre hemos de revolver el hierro en la herida; no todo ha de ser lamentos é indignación; un instante de tregua se concede al mayor sufrimiento, y por hoy me propongo no aludir siquiera á lo que nos preocupa actualmente, aunque verán ustedes como al fin y á la postre caigo en ello sin querer, porque no hay camino que no conduzca adonde tenemos fijo el corazón...

Lo cierto es que mi programa, en esta crónica de la vida contemporánea, es decir algo del famoso balneario de Mondáriz, donde se encuentra actualmente el otro cronista de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA — Emilio Castelar. — De las aguas de Mondáriz espera el alivio de su padecimiento reumático el gran español, y su estancia allí es signo indubitable de la verdadera representación y papel medicinal de esos manantiales sobre cuyo surtidor podría escribirse con doradas letras: «Aquí se curan los estragos del pensamiento y los daños de la civilización.»

\* \*

Obsérvese que entre las aguas minerales las hay que es honroso beber, y las hay que es sospechoso y denigrante... No he de especificar estas últimas, libre Dios, por lo mismo que su nombre y virtudes están en la memoria y en la mente de todos; pero al frente de las primeras, de las que *viste bien* tomar y necesitar, figuran las *bicarbonatado sódicas* — Vichy, Mondáriz. — Sin afirmar que sólo acuda á estas fuentes la gente de entendimiento, de actividad cerebral y de alta cultura, digo que en ellas siempre la he visto en mayoría. La fatiga intelectual y sus consecuencias terribles se remedian con los álcalis y los gases carbónicos. Al través de la sangre curan el espíritu, y así son remedio para el alma y para la materia.

Los que piensan, luchan, estudian y escriben, hállanse expuestos á perder el equilibrio sanitario con facilidad suma. El que no es nervioso de nacimiento, acaba por ser nervioso de adquisición; el que trajo al mundo un estómago de hierro, acaba por no digerir; el que no sospechaba el amargor de la hiel y lo creía tal vez figura retórica, se siente impregnado de ella, con el hígado infartado, la boca pastosa y seca, los ojos amarillentos; el que dormía como un lirón, encuentra á su cabecera el fantasma delirante del terco insomnio. *La mens sana*, el maduro raciocinio, se engendra quizás del cuerpo enfermo, y el individuo superior echa de ver que ha enriquecido su cerebro, pero ha debilitado su organismo, y que el pobre *andrajo*, como llamaba á la carne cierto genio ultraespiritualista, se venga cruelmente.

Goncourt lo nota en un pasaje de su interesante *Diario*: todos los literatos están más ó menos enfermos, todos absorben potingues y drogas. «Belot — escribe el autor de *Germinia Lacerteux* — se nos presenta con su cara de buen año, colorada y risueña; pero al sentarse á la mesa, saca del bolsillo un frasquito de gotas amargas de nuez vómica.» Lo que caracteriza el padecimiento de origen intelectual, es ser *interno*, y de diez veces nueve, de pulmón abajo. El estómago, el hígado, los riñones, los intestinos,

puntos vulnerables; como que no faltan médicos ilustres que erigen en axioma esta afirmación: «Quienes mejor digieren son los necios.»

\* \*

A Mondáriz, milagroso para el estómago, afluyen nuestros «ilustres enfermos,» los descalabrados de las letras, de la política y del arte. Si deseáis conocer, sorprender en su vida diaria á los escritores españoles de renombre, á los políticos de talla, á Mondáriz. Por allí ha desfilado en pocos años lo escogido de la *inteligencia* española. Yo espero no morir sin haber visto acudir á la de otros países — la de la América del Sur ya empieza, la de Portugal aprendió el camino antes que nosotros. — Los ingleses, golondrinas, aves de paso, llegarán pronto á enterarse de que en el balneario gallego, para ellos de tan fácil acceso por Vigo, existen los elementos de *confort* y de recreo sin los cuales el anglo-sajón no comprende la vida: el baño, la luz, el aseo, el calor, el lavado á máquina, la carne y la leche en abundancia y de primera, el parque con sus umbrías, el paisaje con sus hechizos, el palenque para el *tennis*, el río para el *sport* de la pesca y de la boga... Y el día en que se enteren, nos expulsarán de Mondáriz á los españoles, porque vendrán á bandadas á corregir con la alcalinización los excesos del *porto* rojo, del *sherry* ambarino, de la densa y biliosa cerveza y del abrasador *wisky*...

\* \*

La verdad es que nos parece un sueño — á los que conocimos á Mondáriz cuando era mísero grupo de ruines casuchas, y no nos caemos de viejos aún — el estado del Mondáriz actual, donde se eleva el mejor establecimiento balneario, sin disputa el más suntuoso de la península, y á su alrededor nacen cada año hoteles espaciosos, y brotan á docenas esos lindos edificios peculiares de la provincia de Pontevedra, todos de albo granito, con alegres tejados de un rojo de coral. Porque Mondáriz no es cual otros balnearios que he visto, una construcción aislada entre montañas ásperas, abruptas rocas y en una especie de desierto: es un palacio situado en un oasis salpicado de habitaciones humanas, que, andando el tiempo y si la bonanza continúa, llegarán á constituir, como en Carlsbad, como en Vichy, una población compacta, caprichosamente apiñada, con una red de calles de pintoresca irregularidad. El terreno, en sitio tan privilegiado, ya va adquiriendo subido valor.

\* \*

Tanta riqueza, tanta vida, la ha creado principalmente un hombre de modestos recursos, que empezó sin disponer de capitales, pero que rebotaba inteligencia y actividad: Enrique Peinador, de quien no escribo esto porque le profeso amistad, sino á quien precisamente profeso amistad por haber hecho esto. Si en España existiesen muchos, muchos espíritus emprendedores y dotados de la *imaginación de lo real* que posee Enrique Peinador, no nos veríamos hoy en el caso de envidiar las condiciones prácticas y creadoras de la raza que nos ha puesto en la garganta el pie. Enrique Peinador no es exclusivamente un industrial, aunque su empresa constituya tan lucrativa y floreciente industria, pues las aguas de Mondáriz, seguro preservativo contra las enfermedades que originan los climas tropicales, se exportan al mundo entero y en especial á las Américas españolas — ¡sí, españolas siempre, por el idioma, por la raza, por la civilización entera, mal que les pese á los que deseaban raernos de la faz de la tierra, á nosotros que la hemos redondeado! — Decía que Enrique Peinador, en este positivo negocio de las aguas de Mondáriz, ve más allá del negocio: ve la prosperidad de una región, ve á los extranjeros afluyendo á Galicia, descubriendo sus bellezas, trayendo aquí adelantos y bienes; ve la superioridad de España sobre Francia en cuanto estas fuentes se dejen atrás á las de Vichy, y ve el bienestar de la mejoría difundidos entre los miles de personas que pagan anual tributo á las náyades de Troncoso y de la Gándara. Y porque ve todo lo que digo, Peinador ha gastado prodigamente, al erigir el soberbio hotel, en muchas cosas que son puro lujo y poesía, y que tienen algo de lo excesivo que Bourget nota en la civilización de los Estados Unidos; á este orden de gastos de imaginación corresponde la bella y artística escalera del hotel, un modelo de suma elegancia, construido *ad hoc*; la proyectada *serre* de orquídeas, que el vapor del agua tibia se encargará de desarrollar; el espléndido decorado del comedor, y otros refinamientos que no sé si en algún punto de España podrán encontrarse. Para completar la silueta del creador de

Mondáriz, añadiré que en vez de aguardar á que le construya el gobierno el trozo de ferrocarril que necesita para llevar cómodamente á los viajeros desde Salvatierra hasta el balneario, se le ha ocurrido lo que se le ocurriría á un yanki (con paz sea dicho), construir él mismo el ferrocarril, explotarlo él mismo..., y la ayuda del gobierno que la esperen con calma los apocados y los débiles.

\* \*

Y en esta época del año para los trashumantes, no concibo veraneo más agradable que el que ofrece Mondáriz. La clase de dolencias que allí se curan atrae una muchedumbre que no parece enferma, y que sólo aspira, en apariencia, á divertirse. El que quiere sociedad la encuentra á todo momento, y el que desea evitar la promiscuidad algo pegajosa de los balnearios, tiene espacio por donde extender sus pasos, sin tropezar con nadie más que con su propia sombra. De la encantadora amenidad de la comarca, ¡se ha dicho y escrito tanto! Aunque Mondáriz en general se puede llamar país montañoso, tiene rientes vegas y la vid pinta de carmín sus pámpanos en las laderas suaves; las márgenes del río Tea guardan rincones de una frescura deleitosa, y los viejos puentes del siglo xv, los desmoronados castillos, los conventos, las ermitas, ofrecen asuntos de excursiones variadas. A corta distancia, relativamente, de Mondáriz, están Punteareas, el balneario de Caldeas de Túa, el mismo Túa, Vigo, Orense, Salvatierra, Portugal. Las azules sierras del vecino reino se otean desde lo alto de las almenas del roquero de Sobroso.

Los verdaderos dolientes (que, ya se sabe, constituyen la minoría), en Mondáriz hallan, además del remedio eficaz dosificado, decantado, filtrado y sazonado por la naturaleza, un médico eminente, el director, Isidro Pondal, hombre de sagacísima y cierta observación, de estudio grave, de experiencia insustituible para esas aguas en las cuales lleva ejerciendo creo que veinte años. Mi afición á la medicina me ha hecho conocer á muchos doctores ilustres, en cuya conversación encuentro siempre gusto y enseñanza; por eso me he acostumbrado á discernir el médico de alto vuelo, y digo que lo es Isidro Pondal y que merece la frase que el universalmente renombrado Durand Tardel, lumbrera de la ciencia francesa, pronunció en Vichy cuando le enseñé un directorio trazado por otro gran médico español, Pérez Costales: «Señora, teniendo en su patria de usted estos doctores, no creo que sea sino galantería el consultarme á mí.»

\* \*

Acaso me preguntará alguno de mis constantes lectores (sé que los tienen estas crónicas), si en Mondáriz es todo bueno, ó si mi afecto á la tierra gallega me dicta estas alabanzas. Responderé al lector que evoque sus recuerdos, que repase las crónicas anteriores, y vea si en ellas domina, trátese de lo propio ó de lo ajeno, exagerado optimismo. Cuando no puedo alabar aquello que sin embargo es para mí querido y allegado, guardo silencio. Pero sería la mayor de las injusticias no elogiar lo bueno, sólo porque lo tenemos cerca y lo miramos con predilección.

Por otra parte, es consolador, y más en estos instantes, que algo *nuestro* valga y prospere. ¿Cómo no ha de regocijarnos que se cree inmensa riqueza donde vimos un yermo? Mondáriz es lo contrario de España: ésta, ayer fué poderosa, gloriosa, envidiada..., hoy se viene á tierra, se desmigaja — permítaseme este verbo familiar.

\* \*

No quiero, sin embargo, que se me acuse de que tengo á Mondáriz por cosa perfecta. Además de las imperfecciones inevitables en toda obra humana, hay en Mondáriz otras bien fáciles de evitar y que se remediarán, no lo dudo, con el tiempo. Citaré, por ejemplo, los mendigos. De ellos está infestado aquel hermoso lugar: en doble fila acometen al que baja á la fuente de Troncoso, con plañideros relatos y postulación encarnizada. Por si el municipio de Mondáriz quiere tomar mano, diré lo que ocurre en el balneario de Ontaneda (Santander). Durante toda la temporada, en Ontaneda, ni un solo mendigo me salió al paso. Recorrí la montaña, paseé los caminos, sorprendida de no ver pobres pedigueros. El día de mi marcha, cuando cargaban los equipajes en el coche que había de llevarnos á Renedo, ocho ó diez pordioseros me tendieron la mano, exclamando: «Nos prohíbe el Ayuntamiento pedir, excepto el último día.» Agradecida y gustosa los socorrí de una vez. ¡Sabio municipio el de Ontaneda!

EMILIA PARDO BAZÁN



JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Me habían contado á propósito de Bremón algunas extravagancias que acreditaban á un delicioso humorista: hubo quien me juró que era hombre que se pasaba tres y cuatro meses sin ver la luz del sol, que comía el clásico puchero á las tres de la madrugada, que escribía sentado en la cama, que se reía hasta de su sombra, que no se le caía el puro de la boca y otras particularidades que pintaban á un ciudadano digno de estudio.

Yo siempre desconfío de esos datos biográficos que ruedan por las mesas del café en las tertulias de la gente literata.

«Ver para creer,» me dije parodiando á Santo Tomás. Y sin encomendarme á Dios ni al diablo, provisto de una tarjeta de presentación para el célebre cuentista, me dirigí á la casa que habita en la calle de Génova.

Me dió el portero la dirección del cuarto; llamé, salió á abrirme una criada, díle la tarjeta, me hizo esperar un momento y volvió para decirme:

— Pase usted.

Atravesé una sala lujosamente amueblada, pasé á un gabinete á cuyo fondo daba una alcoba y vi en ella á D. José echado en la cama.

— ¡Adelante, Larrubiera, adelante!, me gritó al verme entrar.

Cambiamos el primer saludo y un apretón de manos, me instó á que acercara una silla, me brindó con un cigarro y pusímonos á charlar... de muchas cosas referentes á la literatura, á los hombres de letras que fueron, son y serán, episodios de la vida artística, esperanzas y recuerdos... Yo le oía embelesado y más de una vez acudió la risa á mis labios. Apurábamos cigarro tras cigarro, la atmósfera de la habitación se saturaba acremente y una nube humosa nos envolvía..., y la vocecita de mi interlocutor era como hilo invisible que me retenía al lado suyo. Dieron las ocho de la noche y me despedí con efusión de aquel hombre que veía yo como un patriarca de la literatura contemporánea acogiendo con encantadora sencillez y cariño á un pobre diablo de emborrón-cuartillas como yo.

¡Nuestra primera entrevista había durado cinco horas!

Lo que menos puede suponerse nadie es que Bremón en los albores de su juventud intentara dedicarse á las tareas mercantiles, y que animado de estas ideas abandonase Gerona — su ciudad natal — para terminar en Madrid la carrera del comercio.

Pero no en balde á vueltas con la Economía y la Aritmética, había escrito versos, y el que á los diez y seis años entretiene sus ocios con coplas, al fin y á la postre cae de lleno en la manía de ser escritor y abandona lo útil por lo innecesario, la realidad prosaica por la gloria..., casi siempre diamante americano.

Afortunadamente para las letras, Fernández Bremón trocó el caduceo de Mercurio por la lira de Apolo, y ayudado por un deudo entró de gacetillero el año 1866 en *La España*, un diario que el sentimental Selgas dirigía... desde su casa, porque rara era la vez que el poeta parecía por la redacción.

*La España* iba viento en popa: era un periódico lleno de esplendor y adinerado; pero sucumbió ante la crisis económica que le trajo la campaña política que venía haciendo.

Fernández Bremón llegó á escribir en este periódico artículos de fondo y críticas teatrales.

Entró nuestra nación por aquel entonces en pleno período revolucionario: nunca las pasiones políticas se mostraron más avasalladoras, intransigentes y exacerbadas; desatábanse los periódicos en improperios contra los que no seguían sus ideales, aguzábase el ingenio para decir enormidades de todo lo constituido, se conspiraba en todas partes, surgían como por ensalmo libelos y semanarios satíricos, el gobierno reaccionario cometía torpeza sobre torpeza: todo coadyuvaba para que se «armase la gorda» — como en su pintoresco lenguaje predecía el pueblo.

Y *La Gorda* apareció un día en forma de semanario satírico: desde el primer número hasta el últi-



José Fernández Bremón

mo se vendió como pan bendito; arrebatábase de manos de los vendedores; cada aparición suya era un acontecimiento, y sus artículos y misceláneas se comentaban calurosamente, y no sabía qué admirarse más, si la intención satírica y gracejo con que estaba escrita *La Gorda*, ó la habilidad que sus redactores desplegaban para huir el bulto, librándose de las pesquisas policíacas y riéndose de la saña con que el gobierno perseguía al popularísimo semanario, censor terrible de sus múltiples atentados y desaciertos.

Liniers, Herranz, Cabanilles y Fernández Bremón fueron los fundadores de esta hoja satírica de impercedero recuerdo. Lo escribían entre grandes sustos y sobresaltos: nunca se tiraban dos números seguidos en una misma imprenta; se confeccionaba sigilosamente en casa de uno de los redactores ó en la de algún amigo fiel á tal sociedad masónica, constituida por los nombrados y... alguno más.

Para el gobierno era cuestión de amor propio aniquilar aquel semanario que aparecía siempre como llovido del cielo.

*La Gorda* tuvo un desdichado fin: cayó en poder del Poncio Pilatos de aquel entonces y sus redactores fueron desterrados allende los Pirineos.

Vuelto del destierro, Bremón entró en 1873 en

*La Gaceta Popular*, de Nombela; desde allí pasó á la de *El Diario del Pueblo*, dirigido por Valero de Tornos, en donde publicó su primer cuento.

Más tarde figuró en *La Ilustración de Madrid*, que dirigía el inolvidable y malogrado Heine español, Gustavo Adolfo Bécquer.

En ella publicó una novela diabólica — desconocida para la juventud de hoy día — titulada *En el cuerpo de un amigo*, que es un trabajo delicioso y uno de los mejores que han salido de su pluma. ¡Lástima grande que por pereza no le haya remitido á un tomo!

Bremón ha sido uno de los redactores fundadores de *El Liberal*, colaborador asiduo de *Los lunes de El Imparcial* y de *La Epoca*, debiéndole estar altamente agradecidos estos diarios por la parte que en su atractivo y amenidad supo imprimirles la pluma del popular cuentista.

En el teatro ha dado, entre otras producciones que recordamos y con gran éxito todas, la primera en 1876 *Dos hijos*, drama en un acto y en verso; las piezas *Los espíritus* y el *Elixir de la vida*; los dramas en tres actos *Lo que no ve la justicia*, *Pasión de viejo* y *La estrella roja*.

Sólo tiene reunidos en un tomo varios cuentos, y para eso la edición se ha agotado por completo.

Los pensamientos y anécdotas que Fernández Bremón pone al final de sus crónicas, se reproducen en sinnúmero de periódicos y son llevados á cuantos calendarios y almanaques se publican en España.

No soy crítico: de ahí que no me meta en dibujos ni á hacer un juicio sintético de la labor del que ocupa hoy en las letras lugar preeminente; pero convendrá conmigo el lector que en los artículos, cuentos, apólogos y fábulas, Fernández Bremón es un estilista delicioso, de gran fantasía y humorismo, de mucho ingenio y con una intención filosófica digna de alabanza.

Y si será potente su numen, que hace más de veintidós años que es cronista en *La Ilustración Española y Americana*, y lo mismo en la primera que en la última crónica, el estilo

es vigoroso, fluido, lleno de gracia y frescura. La colección de estas crónicas será el día de mañana inapreciable tesoro para el que pretenda historiar el último tercio de nuestro siglo: encontrará descritos minuciosamente y con gran serenidad de juicio los hechos más culminantes, retratados los personajes de la época y pintadas de mano maestra las costumbres del día.

Esto hace la mejor apología del escritor.

¡Ah!. Bremón, aunque ha sido un denodado paladín en la política y la ha consagrado lo mejor de su vida, no ha obtenido en ella otra cosa que la satisfacción de cumplir honradamente con lo que le dicta su conciencia. Nada más: no ha admitido empleos, cruces ni canonjías.

A fuerza de mucho rogarle, los conservadores de abolengo le hicieron aceptar hace años un destino envidiable en el ministerio de la Gobernación.

Se posesionó del cargo, y á los nueve meses justos presentó la dimisión, fundándose en que le disgustaba la vida burocrática.

¡El único español que en su caso ha hecho otro tanto!

Ya no me extraña que algunos tengan á Bremón por un extravagante.

ALEJANDRO LARRUBIERA

## TRES CARTAS

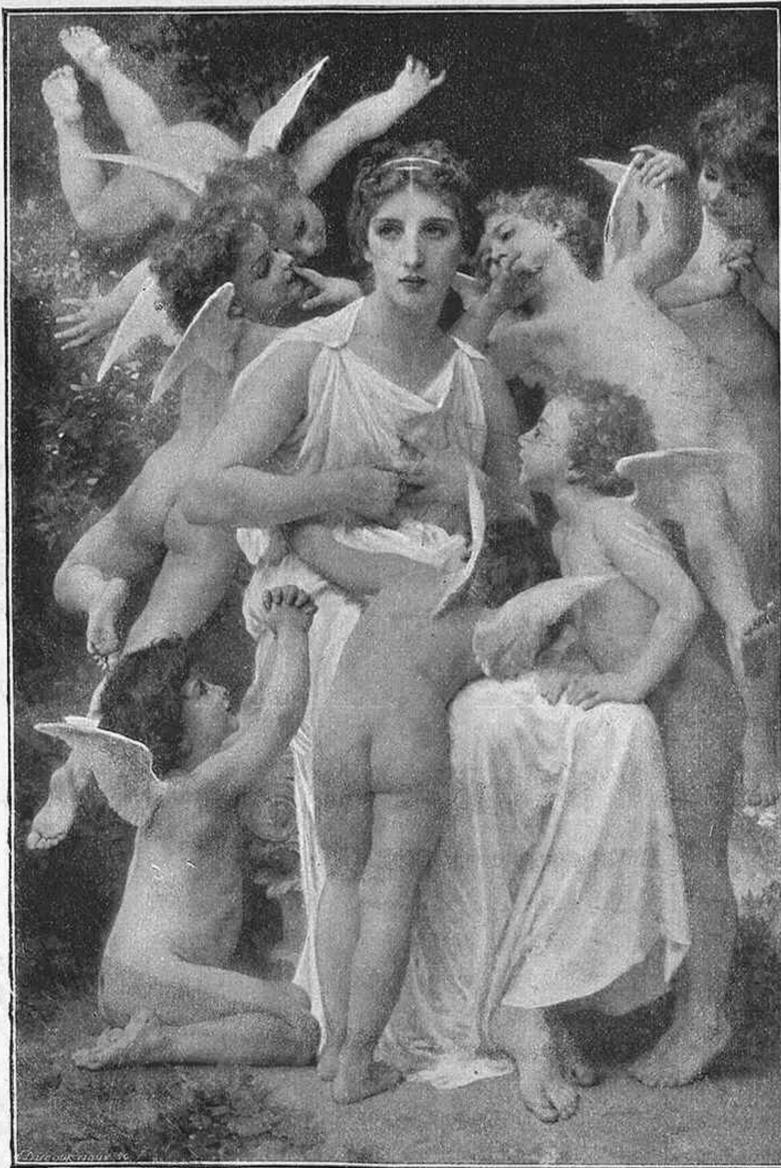
## I

«Te has casado... Lo siento. Ya ves si hay sinceridad en mí. Cuando supe la noticia, rompí á temblar acongojadísimo. Ignoro por qué. Acaso porque existía aún algo de indiscutible derecho á la posesión de tu persona, que este casamiento me roba para siempre. A través de la ausencia, del terco silencio, del fingido odio, palpaba un resto de mi amor, del tuyo... Espejismo quizás; pero jurara y sobre las cenizas de mi madre que todavía nos pertenecíamos. Sí, ensueño, sí; mientras no fuiste de ningún hombre eras mía, aunque me odiases. Hoy todo ha concluído. La brutalidad de las cosas hechas pesa inexorable entre los dos. Tú entras en otro mundo; yo quedo en este, en mis miserias, con mi eterna sed, avivada por la proximidad del fresco manantial que no he gustado... ¡Ay! Quiero dar á esta carta un tono indiferente, y no puedo. ¿Sabes qué nuevo dolor me atormenta? La desesperación de ser yo el único responsable de mis cuitas. Yo, yo. Porque este amor que de mí rebosa no fué bastante para perdonarte un error. ¡Maldito orgullo! Los humildes saben ser felices. ¿Serás feliz?... ¡Qué sé yo! Ni tú lo sabes. Cosa natural. Y dime: ¿por qué te casas? ¿Amas á tu marido?... ¡Si vieras qué horrible tempestad brama aquí dentro! Amalé, sé buena con él..., pero no me lo digas. Me asalta un pensamiento horrible... No, no puedo escribirlo... Quiérela. Que mis frases no presenten á tu conducta una senda extraviada. No me hagas caso. Pisa estas páginas, aborreceme. Tu hogar solo. El resto del planeta no existe, ni yo. Sé santa... Él te querrá... Hay en ti ternura, bondad exquisita. Debe de quererte. Pero oye: como yo, es imposible que te quiera. De súbito me acomete un furor extraño, ira contra mí mismo. Se me antoja que no te he querido con toda la fuerza de mi alma, que dentro de mí bullía una pasión infinita que no supe darte á conocer. Él te va á querer más... ¡Qué tormento! Si pedirte tal cosa fuera sensato, te pediría que me contases detalles: cuántas veces te besa durante el día; si satisface tus caprichos; si te es fiel..., toda tu vida de casada... ¡Casada! Ahora pasa ante mis ojos una visión de hogar. La conozco. Es aquella, la nuestra, tu sueño realizado, mi ansia todavía, mi ansia de siempre... No sé lo que escribo. Siento angustias, dificultad enorme para respirar, como si la laringe se me retorciere y anudase... Oye. ¿Fuí yo, sólo yo, el culpable? ¿Lo fuiste tú?... Estamos muy dentro de este mundo, y no podemos ser absolutamente imparciales. Lo fuimos los dos. ¡Pobrecita!.. Te has casado. ¿Por qué? ¿Por despecho? ¿Por el deseo inoble de tener marido? No será por esto. ¿Estás enamorada? Hay afectos que no se pueden sentir más que una vez. Un amor engrandece; dos empuñan... Sentencia mía. Ya me parezco á los viejos. Te hartarás de leer. Además, tendrás que hacerlo á escondidas. Él no debe de saber estas cosas. No quiero que las sepa. Tendrás un disgusto. ¿Y para qué? Yo no gozo con la desventura ajena, ni con la de los que mal me hirieron. Tú no me has herido. Es verdad esta sutileza mía. Por eso lloro el casamiento; porque aún soñaba. Ya desperté. Los dos hemos despertado... en realidades bien distintas. No escribo más. No puedo. Necesito recogerme en mí, para pensar mucho, hasta que me vuelva loco. Eso sería un bien... Adiós, adiós. No me contestes, no me digas nada. Dedicáte á las asiduidades del nuevo estado, con toda el alma, como si él fuese tu amor primero, el desfloramiento afectivo de tu persona. Yo no existo. Adiós, sombra... ¡Dios mío, todo sombras!..»

## II

«Al pie de la cuna... La niña duerme... Después de pensarlo mucho, te escribo. No sé para qué. Necesito decir lo que siento. No es impudor. Yo tampoco te he olvidado. Así, clarito. Ahora estoy tranquila. Era necesaria esta sinceridad... La niña duerme. Cuanto más la miro, más me acuerdo de ti. Lo soñado. ¿Te acuerdas? Después de muerto mi marido (Dios le haya perdonado sus muchas culpas), no es un delito pensar en ti... Yo también tengo ante

mis ojos una visión de bosque, que murmura y canta en el bostezo del amanecer. No te rías. Son palabras tuyas de otra edad. Estoy llena de un deseo dulce, sin pasión... ¿Te lo digo? No. Quiero que lo sospeches. He sido desgraciada. Te lo confieso. Mi marido fué cariñoso durante dos meses; después, frío; después, malo... Ya ves: llegó á pegarme. Chist, calma, paz. Está muerto. No te exaltes. Me pegó, me hizo sufrir mucho. Tuvo mujeres; jugaba; alguna vez se emborrachó. ¿Qué? ¿Me agradeces estas intimidades? Pues no me las agradezcas. Te las debía; te satisfago la deuda... Me he quedado en una tranquilidad helada, como en un páramo. Todo es sosiego. No tengo más pena que... La conoces. Es la tuya. La de los dos es una sola. Igual dolor nos atormenta. El dolor de no habernos entendido... para



EL ASALTO, cuadro de W. A. Bouguereau (Salón de París de 1898)

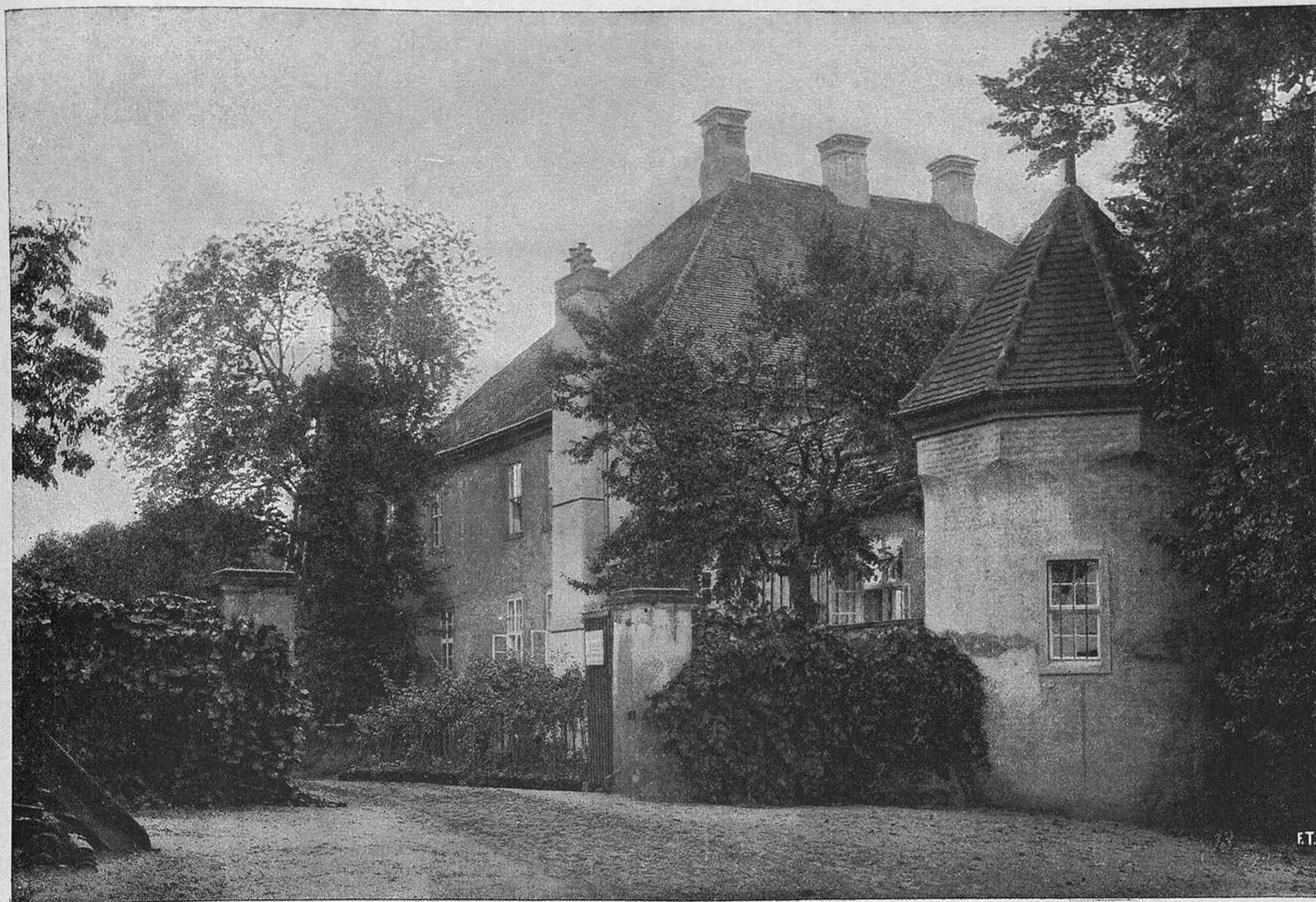
coincidir en esta mutua adivinación de nuestras pesadumbres. La niña duerme... Es de noche. En las losas de la calle suena la lluvia con apagado ruido. Estoy sola, pero no tengo miedo. Antes temblaba mucho, en continuo temor, azorada... Ahora me invade no sé qué letargo, una laxitud de descanso que poco á poco cierra las heridas, me consuela y fortalece. ¿Será?... ¿Será que otra vez estoy cerca de ti? Me doy cuenta de la proximidad de que tú hablabas. Y se me antoja que alguien guarda mi vida, en una lejanía respetuosa, siempre constante, siempre lo mismo. Esta seguridad de la defensa invisible, adivinada por mi perspicacia de mujer, me infunde potente aliento. Quiero vivir. Algún día se me ocurrió la vulgaridad de matarme. ¿Verdad que fuera vulgaridad? Eso lo hace todo el mundo. Tú tampoco te has matado. Me esperarías... ¿No lo sabes? Te creo. Me has esperado sin percartarte de tan escondida esperanza.

«¿Por qué me casé? No puedo decírtelo. Después de la ruptura quedó mi alma en un embrutecimiento apacible. Tan súbito se desgarró el lazo, que apenas me di cuenta de que ya nada nos unía. A la hora en que acostumbrabas á recalar por casa, un menester cualquiera, imprevisto y casual, me distraía. No advertí ausencia, vacío ni nostalgia... ¿Lo quieres más claro? Te olvidé. No, no... Te lo juro por la niña. ¡No te olvidé! Creerás que estoy loca... Fué aquella calma cosa ficticia; fué eso lo que te decía antes..., embrutecimiento. ¿Sabes cuándo volví en mí? Cuando me casé. Tú, sólo tú... Mi marido era hosco, grosero; corazón de comerciante. Pero me puse la mordaza del deber, y cumplí. Estoy or-

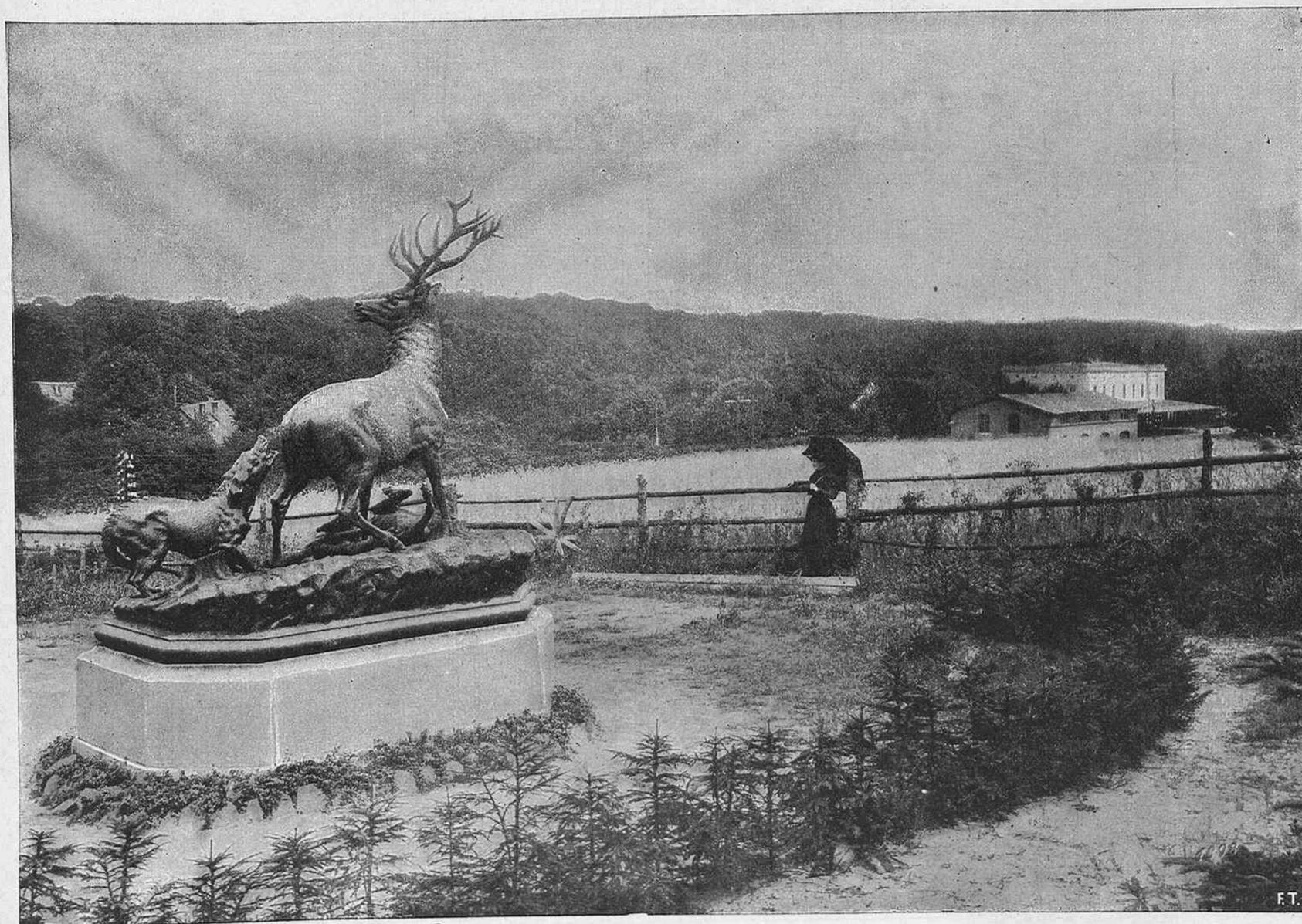
gullosa. Se ha muerto bendiciéndome, pidiéndome perdón. Toda mi vida para mi casa. Esta abstracción violenta de todos los recuerdos solía producirme neuralgias, fiebre, lenta tortura de mi espíritu retorciéndose desesperado en el despertar del ensueño de tu amor... ¡Ay! Ya estoy tranquila. He triunfado sin vacilar ni una sola vez; de mi marido, de la niña, de ellos nada más, con todas mis fuerzas, con todo mi tesón. Si alguna vez se incrustaba tenaz en mi magín la imagen tuya, buscaba un pretexto de solicitud, de cariño, de quehaceres..., algo íntimo, cosa de ellos, que me recordase la sagrada promesa de fidelidad. Y conseguía que el recuerdo se borrara, quedándome sudorosa, jadeante, en el cansancio del deber cumplido tras terrible contienda. Nadie podrá culparme. Pero no hay mérito. Fué obligación... La niña duerme. No temo hacerte ante ella estas confesiones. ¿Por qué asustarme? Te quiero, te quise siempre. Eras mi ideal. Soy libre. Soy tuya. Todo esto es legítimo. Nuestro amor está sublimado por tres años de tormento, los dos con el puño en la boca, hidalgos, grandes. No soy vulgar ni coqueta. Te digo lo que pienso, sin hipocresías. Todo lo que del alma sale se puede decir á la luz del sol... Estoy fatigada. Esta labor de sinceridad, como es tan grande, me rinde. Perdóname; no puedo escribir más... La niña duerme. Voy á besarla. Ella guardará la última frase de estos renglones. ¿Quieres saberla? Sí, hombre; sábela. ¡Te espero!.. Pero ante Dios, ¿oyes? Todo grande, todo legítimo. La niña nos contempla.»

## III

«¿Viuda?... ¡Mía!.. Esta nueva proximidad me aterra. Pienso en la unión de nuestras dos amarguras. Tú y yo. El uno sediento de paz; la otra harta de desdichas. Una boda de sepulcros... Quiero tranquilizarme, estudiar con calma lo que me dices. Ha sido inesperado. Pensabas en mí... como amigo, como consuelo, como puerto de paz. ¡Bendita seas! Me inunda no sé qué luz deslumbradora... ¡Qué carta, Dios mío, qué carta! La he leído muchas veces. ¿Lo digo? Llorando. Esa carta era necesaria á mi vida. La esperé siempre, aunque á mí mismo no quisiera hacerme la confesión de esta esperanza..., último baluarte de mi derrotada ventura. Estás sola, en el derrumbamiento de tu hogar, que se vino al suelo con desengaños y torturas..., con toda la miseria de tu error. Ese no era el nido, el que tú me pedías. Fué despecho; ansia de olvido; deseo vulgar; falso amor... Todo pudo ser..., todo, menos lo forjado en nuestros deliquios. ¿Sabes cuál es la única realidad grande de tu quimera conyugal? La niña. Me brindas con el consuelo de tu amor; me ofreces el pago de la amarga deuda en la vida casera que yo soñé á tu lado. Quieres ser feliz y que lo sea yo... Gracias; Dios te lo pague. Pero te advierto que estoy marchito. He menester paz. Un amor virgen, poderoso, todo lumbre, me mataría. Por eso te acojo lleno de unción. Ya no eres el tentador capullo. Tu cariño será dulce, hondo..., una pasión de dolorosa. Soy feliz en este instante, lleno mi espíritu de inefable calma, como un alejamiento súbito de tremendos dolores, que me deja sin fuerzas para enardecerme con el paladeo de tanta dicha. ¡Mía! En otro tiempo me hubiera vuelto loco... Hoy el dolor ha impuesto el raciocinio. ¿Crees que debe de ser esto así? No. Las grandes impresiones arrebatan, crispán, en la violenta convulsión de lo inesperado. Así se vive. Yo soy un agonizante. En torno mío se ha hecho una luz otoñal..., fulgor melancólico de la naturaleza que sucumbe. ¡Qué tranquilo va á ser nuestro amor!.. ¡Qué noche de boda besando á la niña!.. Ven, sueño. ¿Oyes? ¿No piensas en esta vida que va á empezar? Yo, sí. En la frialdad de mi desencanto, comparo esta realidad con aquel sueño: ruido y paz; luz deslumbradora y dulce resplandor; anhelo loco y satisfacción tranquila... Nuestra pasión arrebatadora ha pasado á través de tus esquivaciones y de mis penas purificándose... ¡Qué felices vamos á ser!.. Una vez más he leído tu carta. Hay en tu alma más fuego que en la mía. Entregada á tu misión de esposa, en la abstracción de todo otro afecto..., para tu hogar, de él, sólo de él, has conseguido que aquel fuego sagrado de nuestras juventudes arda sin abrasarte, sin que nadie vislumbrase



SCHOENHAUSEN. - CASA EN DONDE NACIÓ EL PRÍNCIPE DE BISMARCK (de fotografía)



FRIEDRICHSRUHE. - LA COLINA CON EL GRUPO DE LA CIERVA VENCEDORA, SITIO INDICADO POR BISMARCK PARA SU SEPULTURA (de fotografía)

su resplandor... ¡Admirable vestall!. Eres más grande que yo. Has hecho heroicidades. Yo sólo me he batido contra mi desdicha. Mira. Por escrito nos entenderemos, arreglando los trámites del casorio. Por escrito. ¿Me lo agradeces? No quiero verte ni tocarte hasta que me pertenezcas. Será refinamiento de caballería, tontería..., lo que quieran los espíritus fuertes; pero no tengo valor para hacer otra cosa. Una aureola santa te rodea.

»Súbitamente he cambiado de vida. Salgo á pasear por la mañana. Puedes figurarte los sitios que frecuento. Los mismos árboles, sendas y arroyos. Despierta la naturaleza, y un rumor de la hirviente savia llena el aire. Todo ríe, con el cosquilleo de la vida nueva, jugosa, exuberante... Me parece hallarme en un lugar encantado. Es decir, el encantado soy yo, que salgo de la sombra y me asusta y sorprende la luz, este alarde de alegría con que se estremece el paisaje... Tampoco puedo escribir más... Luego hablaremos. Escríbeme en seguida todo lo que pienses y hagas. Reanudemos el roto idilio. Los árboles se visten de hojas para guardar del sol tu cara... La naturaleza quiere festejar la resurrección de nuestro cariño... ¡Pascua florida! ¡Hosanna! ¡Hosanna!..»

J. MENÉNDEZ AGUSTY

#### CRONICA DE LA GUERRA

Más que Crónica de la guerra debiera titularse esta crónica de la paz, porque desde el día 12 en que se firmó en Washington el protocolo puede decirse que la paz es un hecho, faltando ahora sólo discutir algunas cuestiones de detalle relacionadas con las condiciones en dicho protocolo contenidas.

Por la importancia y trascendencia que tiene el mencionado documento, importancia y trascendencia que no hemos de encarecer desde el momento en que el protocolo abre un nuevo período á la historia de España, creemos oportuno reproducir el texto oficial del mismo.

Dice así:

«Su excelencia Mr. Cambon, embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Francesa en Washington, y William R. Day, secretario de Estado de los Estados Unidos, habiendo recibido, respectivamente, al efecto plenos poderes del Gobierno de España y del Gobierno de los Estados Unidos, han formulado y firmado los artículos siguientes, que precisan los términos en que ambos Gobiernos se han puesto de acuerdo, relativamente á las cuestiones abajo designadas, que tienen por objeto el establecimiento de la paz entre los dos países, á saber:

Artículo 1.º España renunciará á toda pretensión á su soberanía y á todos sus derechos sobre la isla de Cuba.



BISMARCK EN 1883 (de fotografía)

Art. 2.º España cederá á los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de España en las Indias occidentales, así como una isla en Las Ladroneas, que será escogida por los Estados Unidos.

Art. 3.º Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un Tratado de paz que deberá determinar la intervención (*contrôle*), la disposición y el gobierno de Filipinas.

Art. 4.º España evacuará inmediatamente Cuba, Puerto Rico y las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias occidentales; con este objeto cada uno de los dos Gobiernos nombrará comisarios en los diez días que seguirán á la firma de este protocolo, y los comisarios así nombrados deberán en los treinta días que seguirán á la firma de este protocolo encontrarse en la Habana, á fin de convenir y ejecutar los detalles de la evacuación ya mencionada de Cuba y de las islas españolas adyacentes; y cada uno de los dos Gobiernos nombrará igualmente en los diez días siguientes al de la firma de este protocolo otros co-

desgracias y también nuestros pecados nos han traído, y ya que Mac Kinley ha podido vencernos, que nos vea dignos, orgullosos, no mendigando favores ni siquiera solicitando justicias de quien nos ha inferido tantos agravios y ha pisoteado tan inicuaamente nuestros más sagrados y evidentes derechos. Somos en este punto pesimistas y creemos que los Estados Unidos nos concederán, en esas conferencias para la paz definitiva, sólo aquello que convenga á sus planes maduramente pensados; que los mejores razonamientos, los más claros y terminantes textos legales no les convencerán en lo más mínimo ni les harán ceder un ápice más de lo que se han propuesto, y que si algo nos dejan de nuestro imperio colonial ha de ser por evitarse seguros peligros y perjuicios positivos, motivo por el cual entendemos que el gobierno español habrá de estudiar muy detenida y profundamente si nos conviene conservar lo que los yanquis nos dejen con la sana intención de acabar de consumir nuestra ruina.

Una gran parte de nuestra prensa aborda resueltamente esta cuestión, y viendo claramente adónde puede conducirnos una vanidad mal entendida ó un deseo poco meditado, propone



BISMARCK Á LA EDAD DE TRECE AÑOS



LUISA GUILLERMINA MENKEN, MADRE DE BISMARCK

soluciones que hace pocos meses hubieran sido consideradas como anti-patrióticas, pero que hoy, después del tremendo escarmiento sufrido, son estimadas por la inmensa mayoría del país como expresión del patriotismo verdadero y sobre todo del sentido práctico que deberá guiarnos en lo sucesivo si no queremos exponernos á nuevos desastres.

Firmada la paz, pierden todo su interés los pocos hechos de armas ocurridos desde que escribimos nuestra última crónica; por esta razón no haremos más que mencionarlos á fin de no dejar incompleta la relación cronológica de los sucesos.

En la isla de Cuba, Calixto García, según noticias yanquis, ocupó á Gibara y puso sitio á Holguín; y el día 12 el almirante Sampson destacó sobre Manzanillo seis buques que intimaron la rendición de la plaza. Rechazada por el comandante militar de ésta la intimación, los barcos de guerra yanquis empezaron el bombardeo de la ciudad al mismo tiempo que los insurrectos la atacaban por tierra. Viendo que Manzanillo no se rendía y que sus defensores habían logrado batir heroicamente á los insurrectos, los norteamericanos disminuyeron algo el fuego, pero sin cesar de hacerlo, hasta que á las nueve de la noche, habiendo recibido orden de su gobierno de suspender las hostilidades como consecuencia de la firma del protocolo, dispararon una salva de 21 cañonazos en señal de júbilo por haberse hecho la paz.

Apenas tuvo conocimiento de las condiciones del protocolo el general Blanco envió su dimisión al gobierno, que se ha negado á aceptarla y que, según se dice, ha designado á aquél para presidir la comisión española que en unión de la norteamericana se ha de ocupar de todo lo referente á la evacuación de la gran Antilla por nuestras tropas. También dimitieron los demás generales que ejercen mando en Cuba; pero tampoco han sido admitidas sus dimisiones.

El tratado de paz resuelve definitivamente el problema cubano con respecto á España; pero no con respecto á los insurrectos y demás partidarios de la independencia, pues los

Estados Unidos descubren cada día más descaradamente sus propósitos anexionistas, disponiéndose á enviar á Cuba, cuando cese el período de las lluvias, un ejército de ocupación de 100.000 hombres; y la prensa yanqui que más hostil se ha mostrado siempre hacia nosotros y más partidaria de los secuaces de Máximo Gómez la emprende ahora duramente contra éstos, declara *urbi et orbe* que son unos cobardes, unos ladrones y unos vulgares asesinos y afirma rotundamente que es imposible confiarles el gobierno de la isla. Después de esto, que no es sino consecuencia de un plan profundamente meditado durante largo tiempo, ¿habrá aún quién crea que los mo-

aquella ciudad, haciendo los yanquis prisioneros á 7.000 soldados españoles y apoderándose de 12.000 fusiles.

Los insurrectos filipinos están, según parece, indignados contra los norteamericanos por los términos en que se ha concertado la paz en lo tocante á Filipinas, y se asegura que las fuerzas de Aguinaldo se amotinaron y asaltaron las trincheras que los soldados de Merrit ocupaban, siendo rechazados por éstos.

Si la noticia es cierta y si las cosas siguen por este camino, será curioso ver cómo los yanquis tienen que combatir contra sus aliados y cómo éstos luchan contra sus protectores con las mismas armas que ellos les proporcionaron. — A.

viles humanitarios fueron los que impulsaron á los norteamericanos á declararnos la guerra?

En Puerto Rico, los yanquis atacaron las alturas de Guamari y se apoderaron del pueblo de Coamo, cuya guarnición ante la inmensa superioridad numérica del enemigo, batióse en retirada hacia Aibonito. Posteriormente dirigiéronse contra Mayáñez y después de una heroica defensa de nuestras tropas pudieron también ocupar aquella plaza.

La suspensión de hostilidades puso término al movimiento de avance de los norteamericanos.

Las noticias recibidas últimamente de Manila son muy confusas y dan cuenta de sucesos que tienen mucho de incomprensibles y algo de misteriosos. Unas se refieren á sangrientos combates entre los sitiados y los yanquis, y otras á la capitulación de Manila, que se dice ocurrida el día 13; pero ni ésta ni aquéllas han sido oficialmente confirmadas. Lo único que por conducto oficial se sabe y que nadie puede explicarse todavía es que el general Augustín, el valeroso defensor de la capital del archipiélago, ha llegado con su familia á Hong-Kong después de haber resignado el mando en el segundo cabo.

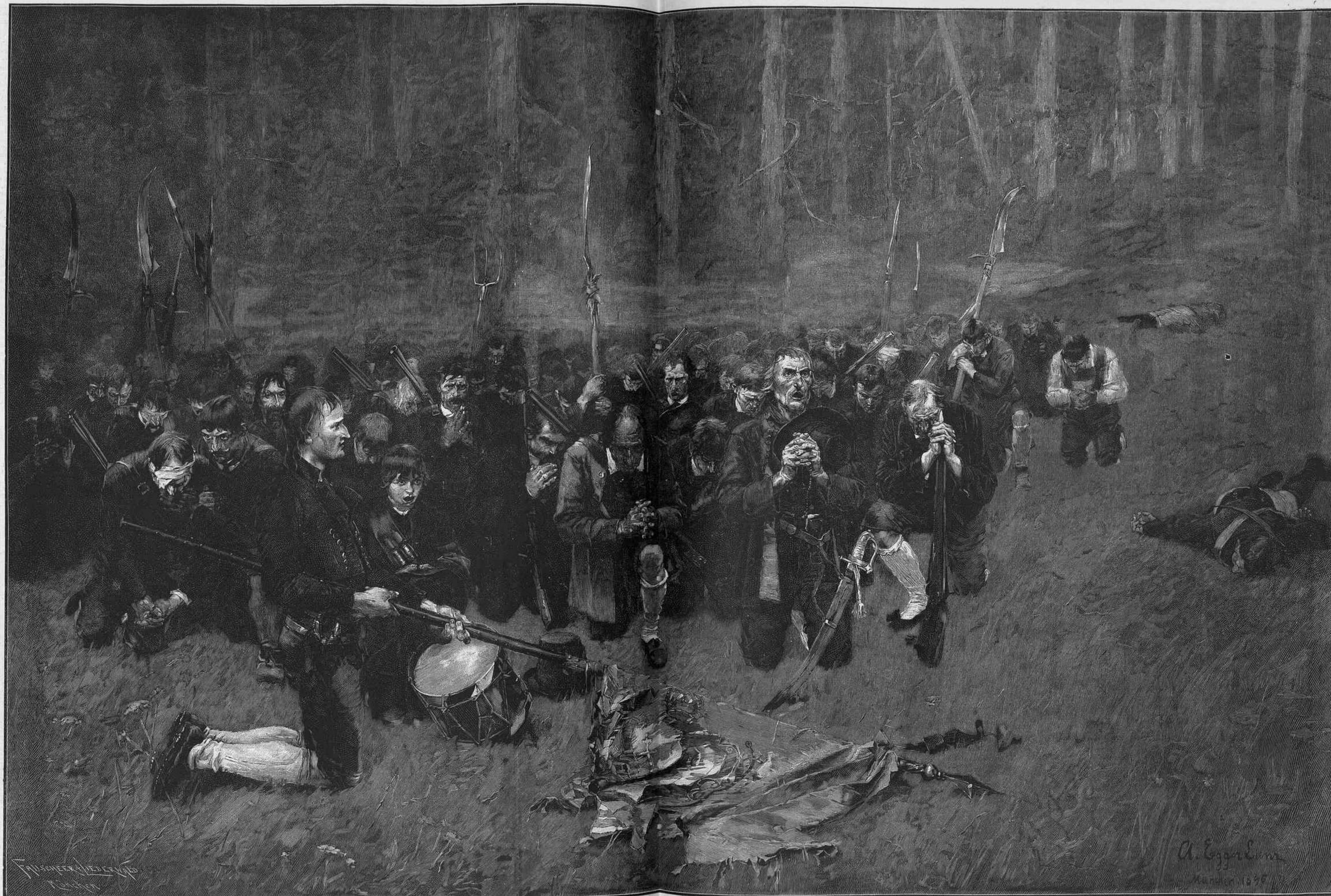
La capitulación de Manila, sin embargo, es un hecho cierto á juzgar por el despacho que del almirante Dewey ha recibido el gobierno de Washington, despacho en el que se dice que después de un reñido ataque por mar y por tierra capituló



¡A LA SALUD DEL COCINERO!, cuadro de F. Brunery (Salón de París de 1898)



LOS BEBEDORES DE SANGRE, cuadro de J. F. Gueldry (Salón de París de 1898)



EL AVE MARÍA DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MONTE ISEL (1809), CUADRO DE A. EGGER LIENZ (Exposición Internacional de Berlín de 1898)

NUESTROS GRABADOS

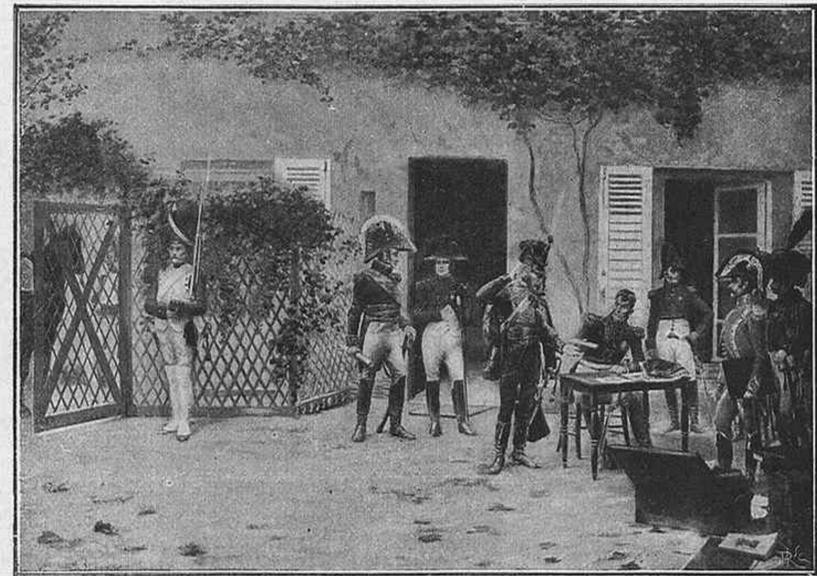
Carlos Garnier.—El eminente arquitecto y miembro del Instituto que ha muerto recientemente en París, había nacido en aquella capital el 6 de noviembre de 1825. Después de haber recibido la instrucción primaria, siguió los cursos de escultura en la Escuela especial de dibujo, entrando después en la sección de Arquitectura de la Escuela de Bellas Artes. En 1848 alcanzó el premio de Roma y emprendió un viaje por Italia, Turquía y Grecia, y al regresar á París obtuvo un modesto empleo en el Ayuntamiento. En 1861 vió premiado su proyecto para la construcción del nuevo teatro de la Opera y fué designado director de la ejecución de este hermoso monumento que tan justa fama le ha dado y al que irá eternamente



EL ARQUITECTO CARLOS GARNIER, recientemente fallecido en París

unido su nombre. Entre las varias obras importantes á él debidas merecen citarse el teatro de Monte Carlo, y la casa de juego de Mónaco y el Observatorio de Niza. Carlos Garnier, caballero de la Legión de Honor desde 1864, había sido promovido hace algunos años á gran oficial de esta orden.

El desayuno, cuadro de R. Madrazo.—Pertenece el autor de este cuadro á la familia con razón llamada dinastía de artistas, que tantos días de gloria ha dado al arte español moderno, y no hay más que fijarse en las bellezas que el lienzo reúne para comprender que quien ha sabido trazar esa elegante figura, tan llena de naturalidad y de vida y con tanta corrección ejecutada, es digno continuador de la honrosa tradición que al nombre de los Madrazo va unida.



NAPOLEÓN EN CAMPAÑA, 1809, cuadro de E. Brisset (Salón de París de 1898)

Napoleón en campaña, 1809, cuadro de E. Brisset.—La fecha de 1809 evoca el recuerdo del período más brillante de Napoleón I, de aquella época en que el emperador se cubría de gloria en Eckmühl, Essling, Wagram, consiguiendo con aquellas victorias el predominio de Francia sobre toda la Europa. El autor del cuadro que reproducimos no se refiere indudablemente á ningún hecho concreto, y sólo ha pretendido presentarnos una vez más la figura del gran conquistador en su actitud acostumbrada, preparando sus planes de batalla y dictando sus órdenes á su estado mayor de mariscales.

El asalto, cuadro de W. A. Bouguereau.—El ilustre pintor francés Bouguereau es un maestro en toda la extensión de la palabra: nadie como él ha conseguido en Francia llegar á esa difícil facilidad que hace aparecer sus obras como brotadas de su pincel sin el menor esfuerzo. El dibujo correctísimo, el colorido justo, la composición armónica, se nos pre-

sentan en sus cuadros como cosas tan naturales como de sencilla realización. De lo que vale y de cuánto se le estima en el mundo del arte, es elocuente prueba el hecho de que aun perteneciendo sus lienzos á un género tan opuesto al que hoy priva, son considerados como valiosísimas joyas que la crítica aplaude sin reservas y los aficionados se disputan. El asalto, que figuraba en el último salón de París, puede ponerse al lado de los mejores que su talento ha producido.

Una merienda en el pequeño Trianón, cuadro de J. J. L. Fauret.—El autor de este cuadro evoca en él los recuerdos de aquella época en que el pequeño Trianón de Versalles era la mansión favorita de la infortunada María Antonieta: los trajes, las costumbres de aquella época se prestan admirablemente para la pintura, y preciso es reconocer que Fauret ha sabido aprovechar tan pintorescos elementos, ejecutando una composición alegre, llena de poesía y muy notable desde el punto de vista técnico.

El príncipe de Bismarck.—Ampliando la información gráfica que hemos dado en los últimos números, publicamos en el presente un retrato de Bismarck á la edad de trece años, otro del año 1883 en que la poblada barba sustituye al hirsuto bigote con que estamos acostumbrados á ver al ilustre canciller de hierro; el de su madre Luisa Guillermina Menken; una vista de la casa de Schoenhausen en donde nació, y otra del sitio del parque de Friedrichsruhe en que, por disposición suya, habrá de ser enterrado.

¡A la salud del cocinero!, cuadro de F. Brunery.—La comida ha sido excelente y los comensales, después de gustar los exquisitos platos que les han servido, se creen en el deber de llamar al autor de tantos primores para felicitarle y brindar á su salud. El alegre cuadro de Brunery es un portento de habilidad pictórica, y aun cuando el grabado no permite formarse idea de las bellezas de colorido que la crítica unánime reconoció en esta obra, es bastante para que el menos inteligente se haga cargo de los prodigios de dibujo que avaloran el lienzo y comprenda las delicadezas de matices que constituyen uno de sus principales encantos.

Los bebedores de sangre de J. F. Gueldry.—El notable pintor francés M. Gueldry, que hasta ahora se había dado á conocer como pintor elegante y delicado, ha querido últimamente acometer un género de pintura enteramente opuesto y ha trazado esta página de un realismo crudo que tantos aplausos le ha conquistado en el último Salón de París. Sabido es que uno de los remedios que se emplean para curar ciertas enfermedades y robustecer organismos débiles consiste en hacer beber á los enfermos, que para ello tienen que acudir al matadero, la sangre caliente aún de las reses sacrificadas: esta es la escena reproducida en el cuadro, y á la verdad que difícilmente puede darse estudio más acabado del espectáculo que ofrecen aquellos infelices que por aquel medio tratan de recobrar la salud perdida. Las figuras, el lugar, los detalles, todo está en este lienzo reproducido con naturalidad asombrosa, todo revela un espíritu potente y una mano experta para traducir en pinceladas vigorosas la composición tan grandiosamente concebida.

El Ave María después de la batalla del monte Isel, cuadro de A. Egger-Lienz.—Representa este cuadro uno de los episodios más memorables de la lucha sostenida en 1809 en el Tirol por el héroe popular Andreas Hofer. Tomada la ciudad de Innsbruck por las tropas franco-bávaras, fueron éstas á los pocos días completamente derrotadas por un puñado de tiroleses que les cerraron el paso en el monte Isel. Después de la batalla, las campanas del monasterio de Wilten tocaron el Ave María, y al oirlas, aquellos heroicos defensores de la libertad de su patria doblaron las rodillas sobre el mismo campo de batalla y elevaron al cielo su ferviente acción de gracias por la victoria que acababa de concederles. Este es el momento escogido para su cuadro por el pintor tirolés Egger-Lienz, quien al perpetuar con su pincel una de las más gloriosas fechas de la historia de su país, ha producido una obra grandiosa y severa que ha merecido unánimes elogios en la última exposición de Berlín.

La noche de San Bartolomé, cuadro de J. Everett Millais.—Cuando un artista ha conseguido llegar á la altura á que ha llegado el famoso pintor inglés Millais, el mejor elogio que de sus obras puede hacerse es sencillamente consignar el nombre del autor, y aun ni esto sería para muchos necesario, pues ciertos cuadros se imponen desde luego por su excepcional belleza, y sin necesidad de conocer la firma, harto se adivina que son debidos á un maestro de la categoría de los indiscutibles. Tal sucede con La noche de San Bartolomé, ese hermosísimo lienzo que con sólo tres figuras resulta más grande que las más complicadas composiciones y sintetiza de un modo maravilloso el fanatismo que originó aquella sangrienta jornada.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—El arqueólogo Reinach ha dado recientemente una nueva explicación acerca de la tan discutida Venus de Milo. Según él, esa estatua no representa á Ve-

nus, sino á Anfítrite, que con una mano se recoge la túnica y con la otra se apoya en un cetro, y debió formar pareja con una estatua de Neptuno, fundando su opinión en el culto que en Melos, la actual Milo, se tributaba á Poseidón (Neptuno) y á Anfítrite, y en la circunstancia de haberse encontrado junto á aquella escultura una inscripción que decía: «Theodorides hijo de Diostrato,» nombre que se encontró repetido con la adición de «á Poseidón» en un zócalo descubierto en 1877.



UNA MERIENDA EN EL PEQUEÑO TRIANÓN, cuadro de J. J. L. Fauret

STUTT GART.—En la galería del rey Carlos del Museo Industrial de Stuttgart se ha inaugurado una interesante exposición de tarjetas postales ilustradas, en la cual figuran más de 100 fabricantes que han presentado 10.000 tarjetas diferentes. El clou de dicha exposición es indiscutiblemente la instalación de la oficina central, que por sí sola constituye una exposición. Las ciudades mejor representadas en este original certamen son, después de Stuttgart, Berlín, Dresde, Francfort del Main, Leipzig, Munich y Viena.

KIEW.—La Sociedad de Antigüedades y Bellas Artes de Kiew ha resuelto construir un museo para sus colecciones, presuponiendo para dicha obra 400.000 rublos. El edificio deberá estar terminado, por lo menos en parte, para cuando se inaugure el Congreso arqueológico que se ha de celebrar en aquella ciudad en 1899.

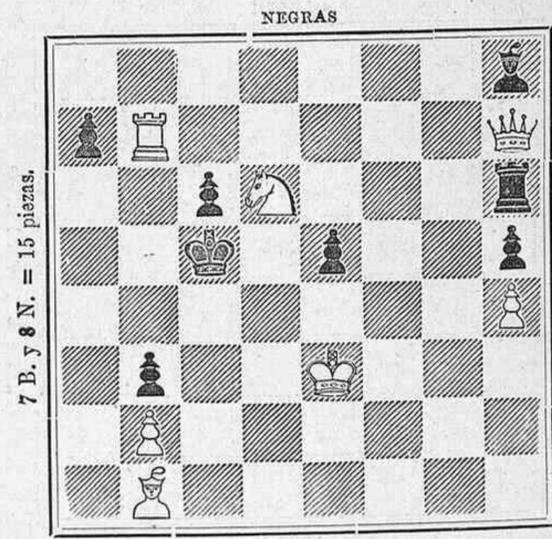
HAMBURGO.—Inmediatamente después de la muerte de Bismarck constituyóse en Hamburgo un comité para erigir en honor del ex canciller un monumento digno de tan ilustre personaje y de la ciudad en donde ha de levantarse.

Teatros.—En el teatro Covent-Garden, de Londres, se han cantado con gran éxito las óperas Enrique VIII, de Saint Saens, y Hero y Leandro, de Mancinelli.

Necrología.—Han fallecido: Adolfo Barthel, notable pintor retratista alemán. Tomás Leckie Massie, almirante inglés que por su avanzada edad (96 años) era conocido con el nombre de padre de la Armada británica. Augusto Rossbach, profesor de Filología Clásica de la Universidad de Breslau, director del Museo Arqueológico y del Instituto para música religiosa. Excmo. Sr. D. José Álvarez de Toledo, conde de Xiquena, grande de España de primera clase, ex ministro de Fomento. Dr. Jorge Ebers, ilustre egipólogo y notable novelista alemán, catedrático de las universidades de Jena y Leipzig. Pedro Fuchs, escultor alemán, autor de una gran parte de los ornamentos escultóricos de la catedral de Colonia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 129, POR VALENTÍN MARÍN (Dedicado á Andrés C. Vázquez)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 128, POR J. PALUZIE

- Blancas. 1. D 2 C D. Negras. 1. Cualquiera. 2. C, A 6 D mate.

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y cambiando de tono, añadió con voz suplicante:

- Sr. de Aubián, le suplico encarecidamente que me diga usted la verdad.

Felipe se compadeció de aquel hombre, y esforzándose por adoptar un tono ligero respondió:

- Perdónese usted que no le diga la verdad, porque me llenaría de ridículo.



Martín de Brest

El Sr. Martín insistió gravemente.

- ¡Oh! Dígamela usted, se lo suplico.

Ante la persistencia de aquel interrogatorio, ante aquellos pobres ojos inquietos que parecían sondear hasta el fondo de su alma, se sentía turbado. Procuró no obstante recobrar su entereza y repetir la historia que había adormecido las sospechas de Merville; pero aún no había llegado á la mitad de su relato, cuando el Sr. Martín le interrumpió con un «Gracias, caballero,» pronunciado con voz tan triste, que le hizo comprender lo inútil de su mentira.

De nuevo reinó el silencio entre ambos interlocutores; silencio prolongado, durante el cual Felipe vio al Sr. Martín pasar sucesivamente de la rubicundez apoplética á la lividez cadavérica; por su frente corrían gruesas gotas de sudor, y por último de sus ojos brotaron lágrimas que no pudo contener.

Felipe se levantó.

- ¿Se siente usted indispuerto?, dijo. Voy á llamar...

- No, no llame usted á nadie: es cierto que me encuentro mal, que padezco mucho. Escúcheme usted y quizás se compadezca de mí. ¡Oh! ¡Si pudiera usted, si quisiera librarme de la duda que me atormenta!

Y le miraba con ojos extraviados y la boca contraída convulsivamente por un sollozo. Se metió la mano en un bolsillo de su sobretodo, y sacó de él una carta que abrió, pero que no entregó á Felipe.

- Había resuelto no dársela á usted á leer. Sé que en la sociedad á que usted pertenece, los caballeros cifran su dignidad en el silencio, que se muerden los labios estoicamente sin dejar que salga de ellos una queja; sé que no van á contar sus desdichas conyugales á un desconocido; sé que los débiles se callan y que los fuertes se vengán; pero yo no pertenezco á esa clase, no soy noble, sino un artesano enriquecido á fuerza de trabajo, y además padezco, padezco... La amaba mucho; creía en ella como en todo cuanto hay de noble y bello en la tierra; yo, que apenas rezo, daba cada día gracias á Dios por habérmela concedido; era mi orgullo y mi alegría. No podía es-

perar que esa joven de veintidós años sintiera por un viejo como yo un amor igual al mío; sin embargo, ella pretendía amarme mucho, con afecto agradecido. Yo no pedía más. Me parecía casta y altiva; su infancia, su juventud habían transcurrido en la soledad de Keroeck, es decir, en la soledad del convento. La antevíspera de mi boba recibí esta infame carta.

Dió una violenta palmada al papel que tenía en la mano, como si hubiera esperado aniquilar la denuncia y al denunciador.

- Sí, una carta infame, una carta anónima, una de esas bajezas indignas de que se les dé crédito. En ella se acusaba vergonzosamente á Bertranda de... de... Tome usted, léala.

Felipe leyó lo siguiente:

«Un leal amigo del Sr. Martín cree de su deber avisarle que la mujer con quien quiere casarse es la más vil y la más peligrosa de las intrigantes; aprovechándose de la imprudente amistad de Valeria, ha echado mano de todos los recursos para robarle su novio, á quien no ha negado nada.

»Viendo frustrada su esperanza y sus planes ambiciosos, ha dirigido contra el Sr. Martín el formidable poder de seducción que posee.

»Quiere casarse con él por despecho, por venganza, pero no porque sienta por él el menor cariño.

»Si el Sr. Martín desea cerciorarse de la verdad de lo expuesto en este billete, no tiene más que preguntar á M. Felipe de Aubián lo que vio en la playa la noche del 20 de septiembre y por qué huyó de la quinta Martín sin asistir á la boda de su amigo.»

Mientras leía esta carta, Felipe preparaba su respuesta; dobló el papel y contestó con frialdad:

- Conforme usted mismo ha dicho, toda carta anónima es una bajeza indigna de crédito; es el arma de los calumniadores. No sé por qué se permiten hacerme intervenir en el asunto, porque no he visto nada.

El Sr. Martín examinaba al joven ávidamente, pero su voz continuó siendo tan triste como antes cuando repuso:

- Sí, tenía en ella una confianza tan absoluta que esa arma de los cobardes resbaló en mí sin herirme. Me acerqué á ella y le dije: «Te calumnian, hija mía.» Y me respondió sencillamente: «No me sorprende, ¡porque mi actual ventura debe crear tantos envidiosos!.. Pero si usted, mi único amigo, me ultraja con una sola sospecha, todo habrá terminado para siempre entre los dos. - Bertranda, exclamé, ¿no sabes que te admiro tanto como te amo? ¿Cómo podría dudar de ti?» Tendióme su bella manecita, diciéndome con altivez: «Se lo agradezco á usted mucho; tiene usted razón en creer en mí.» Sí, entonces desprecié esas acusaciones calumniosas y aun me complacía, en mi locura, en darle esta prueba de mi absoluto respeto. He sido feliz, muy feliz, dos años.

Al recuerdo de la felicidad perdida, el enternecimiento veló su voz, que expiró en un quejumbroso suspiro.

Felipe, nervioso, fastidiado y un poco pálido, respondió:

- No he visto, ni oído, ni sé nada. ¿Por qué no sigue usted creyendo en ella? ¿Por qué no desprecia usted esas calumnias? ¿Por qué se preocupa usted de esa miserable carta? ¿Por qué envenena su felicidad?

Hablaba ya demasiado, y le urgía poner fin á aquella terrible excusa porque comprendía que el peligro se acercaba y deseaba evitarlo. Se levantó y dijo:

- Lo siento mucho, caballero, pues según usted mismo ha podido observar estoy muy ocupado en este momento. Le ruego que me dispense y me permita...

Sin levantarse del sillón, el Sr. Martín contestó:

- Lo que tengo aún que decir no es muy largo; tenga usted la bondad de concederme todavía diez minutos: se trata de la felicidad de mi vejez. Sí, por espacio de dos años he sido el más dichoso de los hombres. Ustedes los jóvenes no pueden figurarse qué tesoro de ternura, de amor, de pasión se acumula en los corazones viejos que no han amado nunca. Sí, yo la adoraba con toda mi alma; pero también me torturan hace seis meses, con todas las fuerzas de mi ser, la desconfianza, la duda, los celos.

Y en voz más baja, como si él mismo no hubiera querido oír las palabras que iba á pronunciar, añadió:

- Aquel baile de la Capitanía general..., ¿se acuerda usted?

Felipe hizo con la cabeza un ademán afirmativo. El Sr. Martín prosiguió:

- Cruzábamos los salones para marcharnos; su mano descansaba en mi brazo y yo estaba orgulloso, orgulloso de su belleza, de su éxito, de su rico traje; orgulloso de su porte tan digno, del desdén con que miraba á aquellos apuestos jóvenes que se esforzaban en vano por disputármela. Yo estaba orgulloso y era feliz. De pronto su mano se crispó en mi brazo; sentí un estremecimiento, una detención. Vi que Bertranda se puso pálida casi hasta desmayarse, y en sus ojos un espanto indecible. Seguí la dirección de sus miradas y vi que era usted, Sr. de Aubián, quien le había causado tan terrible emoción nerviosa. Esto duró pocos segundos; en seguida continuó su marcha y salimos; pero desde aquel día penetró el arma emponzoñada en mi corazón. Desde aquel día pensé que quizás no hubiera mentido la carta anónima. Recordé algunos indicios; pregunté á mis criados, los cuales me dijeron que le habían visto á usted salir de la quinta y que no parecía estar enfermo ni mucho menos. Averigüé dónde estaba usted y supe que acababa de partir para las montañas del Doubs. He sabido por mis amigos la gran desgracia de familia que lamenta usted. He aguardado su regreso, pues era usted mi última esperanza... Me han dicho que no transigía usted en cuestiones de honor, y que no sería capaz de engañar á un anciano. ¡Ah! Si pudiera usted decirme: «Doy á usted mi palabra de caballero y juro por lo más sagrado que han mentido; juro que no he visto ni oído nada; juro que toda esa carta es una infamia y una mentira.» ¡Oh!, amigo mío, si quisiera usted, si pudiera decirme eso...

Entonces Felipe palideció á su vez. Aun cuando hacía rato que temía la terrible alternativa en que se le ponía, no había tenido tiempo ni la presencia de ánimo necesaria para tomar una resolución. La solemnidad del juramento pedido y la mirada de plomo que pesaba sobre él decían claramente que todos los subterfugios serían inútiles. No había más que una alternativa: ó perder á una mujer ó cometer un perjurio.

Aquel hombre, que no transigía jamás en cuestiones de honor, vaciló, trastornado un momento; ya no pensaba, ni veía... Las palabras salieron de su boca una á una, trabajosamente, mientras que en virtud de un movimiento que no podía reprimir, sus párpados se abrían y cerraban convulsivamente.

- Afirmando y juro por mi honor que no he visto nada y que...

Un sordo gemido le interrumpió: el anciano se había levantado y con tono de autoridad dijo:

- No acabe usted, es inútil: comprendo. Los hombres como usted no pueden mentir aun cuando se lo propongan. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esa es la verdad, esa es la certidumbre! Lo que usted ha visto, oído y sorprendido en esa noche fatal debe ser muy grave, puesto que no tiene reparo en ser perjuro... ¡Oh caballero! ¡Eso es horroroso! Mi sobrino era ya novio de mi hija antes que Bertranda lo conociera. Ella sabía que Valeria estaba perdidamente enamorada de su primo... ¡Eso es odioso, odioso!

Hablaba con tanta violencia que le subió al rostro una oleada de sangre. Se arrancó la elegante corbata artísticamente anudada, é hizo otro tanto con los botones de su camisa, porque se ahogaba. Felipe quiso acercarse á él y socorrerle.

- No, es inútil, déjeme usted, me voy. Siento en extremo haberle molestado.

Dos veces repitió esta frase, y sin embargo, no se marchaba. Permanecía de pie delante de Felipe mirándole con ojos suplicantes retenido por una débil y postrera esperanza.

- Me voy, me voy, decía.

Y en seguida añadía:

- No, no es posible; ella no puede ser una miserable. Dígame usted la verdad; se lo suplico por lo que más ame en este mundo; repítame usted las palabras que ha oído; tal vez las haya usted interpretado mal; las jóvenes son á veces tan imprudentes...

Su voz temblaba, su mirada imploraba, Felipe se

sentía lleno de compasión por aquel anciano... Jamás, jamás repetiría al marido las palabras que había oído; aquella confesión tan explícita: «Me prometiste casarte conmigo, me lo juraste; de lo contrario yo no habría cedido...»

Era ya preciso poner término á una escena que era para aquellos dos hombres una verdadera tortura. Con voz firme, que no vacilaba ya y hasta un poco agria, dijo Felipe:

— Caballero, no he visto ni oído nada. Le he dado á usted mi palabra de honor y se la vuelvo á dar; nada más tengo que decir á usted.

Y en la rigidez de su actitud, en la entereza de su mirada, se advertía una determinación tan inflexible, que el pobre Martín comprendió que era inútil insistir más. Encaminóse á la puerta con paso vacilante, salió, y el joven marino siguió largo tiempo con la vista á aquel mísero millonario que se alejaba encorvado, con la cabeza baja como un beodo y tropezando con los transeúntes, que le miraban con desprecio.

¡Pobre y vieja reliquia del gran naufragio, sin consuelo y sin esperanza!

## XV

Felipe meditaba, recordaba y padecía durante los largos meses de navegación que llevaba á bordo del crucero *Andrómeda*. Había recibido con sombría satisfacción aquella orden de embarque en otro puerto y en compañía de unos oficiales á quienes no conocía. Así no tendría á su lado ni amigos ni camaradas; nadie haría caso de su tristeza, ni se obstinaría en consolarle. El crespón negro que llevaba ceñido al brazo, les daría á conocer su luto y le dejarían libre como quería estarlo; libre de llorarla, porque, bien mirado, aún no la había llorado.

Después de la desgarradora despedida, se había encontrado investido de todos los cargos inherentes á aquellos fúnebres acontecimientos. Luego Lila, asustada, entristecida por el silencio de su padre, acudía, se adhería á él y apenas le dejaba. Recogía á la pobre criatura como un legado sagrado, velaba por su bienestar, jugaba con ella y hasta reía sólo por hacerle reír. Había sido á la vez el encargado de negocios del padre y el aya de la hija; pero había sido sobre todo el esbirro, el espía, el inquisidor. La necesidad de descubrir el sentido de las últimas palabras de Elena había influido en su dolor hasta el punto de paralizarlo; hombre de acción, no permitía á la imaginación ablandar su alma mientras tuviera que recurrir á la acción.

Y ahora, sobre la cubierta del barco, pensaba, recordaba, meditaba. En medio de esa monotonía de las olas, en la soledad del Océano, los días son largos. Los demás oficiales procuraban disipar su aburrimiento leyendo ó hablando. Él era el único que no se fijaba en la lentitud de las horas ni se aburría; su dolor, como todos los dolores profundos, bastaba para llenar su alma; vivía de él.

Se había llevado los objetos regalados por Elena, todo cuanto ella había hecho para adornar su camarote y hasta los juguetes de cuando era niño, medio rotos. Era como un museo de recuerdos en el cual le agradaba encerrarse; pero sobre todo, había llevado sus cartas, y solo, enteramente solo, las releía, con los ojos llenos de lágrimas que dejaba correr sin vergüenza.

¡Oh, cuánto la quería! ¡Cuán infinitamente dulce y tierna había sido aquella hermana! Empezaba por leer una carta antigua, fechada diez años atrás; él estaba enfermo en la enfermería del colegio, y ella le escribía:

«Llegaré, hijo mío, al mismo tiempo que esta carta; me moriría de inquietud estando separada de ti.»

Y esta buena noticia, la grata presencia de su hermana, hicieron lo que no podían hacer todos los remedios de los médicos; extinguieron la fiebre y aseguraron la curación.

Otra carta, pero ésta severa: encontrábase comprometido en una rebeldía de estudiante y por amor propio se obstinaba en ella. Pero la reprimenda de su hermana era tan profundamente tierna, que el arrepentimiento entró en su rebelde corazón, y el testarudo se sometió.

Siguió leyendo otras y otras cartas, que eran la historia de su infancia, y cuanto más las repasaba, más comprendía lo que Elena había sido para él; todo á la vez, amiga, hermana y madre; es decir, toda la dulzura, toda la poesía, todo el encanto de las ternuras femeniles.

Las cartas que releía con más frecuencia eran las de los dos últimos años, recibidas durante el viaje anterior en todos los puertos donde el *Alcyon* hacía escala. Eran muy largas, llenas de esos pequeños de-

talles que tanto gustan á los ausentes. Hablaban de todo, de los cuadros de Fernando, de las tentativas de casamiento de la tía Fournéron, de las ridiculeces de las Lezines.

Elena escribía en ese estilo amenísimo de alegría maliciosa que sabía aliar tan bien con su gran bondad; él había reído entonces, mas hoy todas esas cosas agradables le parecían un velo echado sobre una profunda llaga ó semejantes á esas guirnaldas de flores que ocultan un ataúd. Al través de las palabras, de las líneas, leía el nombre de Lila unido siempre al epíteto «pobrecita.» ¿Por qué se compadecía Elena de aquella niña feliz, mimada, adulada?

Lo que leía también era esta súplica murmurada ya en la mañana del bautismo: «La querrás mucho, Felipe, ¿no es verdad?» Y aun una vez le había escrito: «La protegerás.» Verdad es que había pasado sobre esta frase una tachadura, una raya de tinta tan negra que Felipe no había tratado de leer las palabras que borraba.

Pero ahora las leía; la profecía de muerte oculta bajo esta tachadura se le aparecía sombría, explícita, amenazadora. No la había comprendido cuando aún estaba á tiempo; no había rogado á Elena que le aclarase el secreto que ahora le torturaba el corazón; había leído aquellas pobres cartas ligeramente, dejándose engañar por su alegría fingida, satisfecho de recibir las, complacido al contestarlas, y obrando en esto como había obrado siempre, como un niño.

¡Un niño! Verdaderamente, hasta ahora casi no había sido otra cosa, un niño que se dejaba mimar y querer... Pero el dolor le hacía ya ser hombre, y no sólo el dolor, sino aquel cargo de conciencia, el deber de protección que había asumido.

Dedicaba por completo sus pensamientos á la huérfana; recibía con bastante regularidad noticias suyas, unas veces tan sólo dos líneas de Fernando, pero con más frecuencia difusas cartas del aya. A Carlota le gustaba escribir en un estilo ampuloso en el que acumulaba epítetos lisonjeros y palabras de agradecimiento.

Unas veces, aludiendo á la preferencia que Felipe le había concedido sobre las demás institutrices, le comparaba al rey Asuero ciñendo la corona á la frente de la tímida Ester, ó bien al rey Salomón, tan célebre en la historia por la cordura de sus sentencias. Otras veces se compadecía del dolor del señor Duvernoy.

«Oh, Sr. Felipe!, escribía; el gran mundo quisiera rodear de entusiasta admiración al eminente artista; pero él no consiente que la multitud que le idolatra contemple su resplandeciente corona de gloria y la ha depositado en la tumba fría. Será benévolo para con todos, pero guardará su corazón paternal para la incomparable criatura que le recuerda la esposa adorada, tan cruelmente arrebatada á su inconsolable ternura por el implacable destino.»

Luego, sin descender de estas alturas líricas, hablaba de la niña, de los juguetes que prefería, de sus aros, de sus muñecas; de sus estudios, cuya importancia ponderaba; de sus progresos en la lectura, de las planas escritas sin un borrón, de las fábulas que recitaba correctamente y de sus infantiles ocurrencias. Y se ocupaba de estas pequeñeces sencillamente con todo el orgullo de una madre. Felipe no podía equivocarse, pues hay cosas en que la verdad se impone: Carlota quería á Lila con todo su corazón.

De vez en cuando una triste y pasajera sonrisa iluminaba su joven rostro, y murmuraba: «Es buena, muy buena, y la quiere.» Pero la carta no había terminado. El aya consideraba como un deber enviar «al Sr. Felipe, tan echado de menos y que debe morir de tedio, solo como está y perdido en un frágil leño en el tempestuoso Océano,» un tomo en octavo de páginas manuscritas, con el laudabilísimo objeto de distraerle y de procurarle, según decía, algunos momentos de distracción y recreo. Le hablaba de los países que atravesaba, de las poblaciones en que paraba con Lila y su padre: le decía, tan exactamente como un manual de Geografía, el grado de latitud, la forma de gobierno, el nombre de la capital, de las ciudades más notables, la cifra de la población, las fondas en que se alojaban, los platos de las comidas que les servían; se recreaba en estas reminiscencias gastronómicas y emprendía una disertación sobre las diferentes cocinas del globo. Felipe, que sabía sacar la substancia de sus lecturas, veía aparecer y resplandecer en aquellos escritos el flaco del aya; esto es, que era comilona y golosa en extremo. Pero ¡qué importaba! Algún defecto había de tener la pobre mujer, y la gastronomía no es un obstáculo para la bondad y la abnegación.

La carta continuaba, pero él no tenía paciencia

para acabar de leerla. Por perdido que estuviese en el «frágil leño,» le causaban horror las descripciones cansadas hechas con ojos que no saben ver y con apreciaciones de una imaginación limitada que no comprendía la poesía de la naturaleza ni la filosofía de la vida de los pueblos; por esto estrujaba la voluminosa misiva, hacía con ella una pelota y la enviaba á flotar en la cresta de las olas.

Luego volvía á leer las cartas de la difunta, cartas que ya no recibiría jamás y que herían todas las cuerdas de su alma y las hacían vibrar.

Había, sin embargo, un recuerdo que ahuyentaba todas sus ideas de duelo y de amor, que le hacía sonrojarse, rechinar los dientes y chispear los ojos: el recuerdo de su última entrevista con Martín de Brest, el del juramento que había hecho y al cual Martín no había dado crédito, y con razón, demostrando con su incredulidad que los maridos no son tan fáciles de engañar y que los viejos negociantes también entienden en palabras de honor. Claramente dijo que no había creído en la de Felipe, y éste no pudo enfadarse con el pobre viejo, porque en realidad mentía. Mintió, sí, y mintió con juramento.

Había pasado el momento de la acción, ese momento que siempre se apodera de él, y le arrastra sin darle lugar á juzgar, á deliberar, á discutir; ahora pesa, delibera, discute y se juzga. Una vez más había procedido como un niño; pero obedeciendo á un sentimiento caballeresco, no deshonrar á una mujer, y á un arranque de compasión, tranquilizar á un anciano... No consiguió lo que se proponía y ha sido perjuro. Martín de Brest expresó perfectamente lo ocurrido: «hay hombres, dijo, que no pueden mentir, aunque se lo propongan,» y él era de estos hombres. Por esto había obrado como un niño, es decir, por proponerse hacer una cosa de la que no era capaz, y con su proceder perdió á aquella mujer más seguramente que si lo hubiera confiado todo y dejó al viejo sumido en la desesperación.

Su hermana Elena, en las graves lecciones que le daba en otro tiempo para formar su conciencia juvenil, le repetía á menudo: «Nunca se debe obrar mal con la insensata esperanza de que resulte un bien. Dios no necesita de nosotros para arreglar los sucesos futuros; el porvenir es suyo; á nosotros sólo nos pertenece el presente, y en el presente no debemos cometer ninguna mala acción, no debemos transgredir ninguno de los mandamientos divinos. ¿Acaso no se dice en uno de estos mandamientos que «no se debe levantar falso testimonio ni mentir?»

Felipe ha desobedecido á Dios y á Elena, y ha mentido.

El enojo va creciendo en él hasta convertirse en cólera; se enoja con Martín de Brest por haberle acorralado hasta obligarle á pronunciar aquel falso juramento; se enoja con Bertranda, con respecto á la cual no siente ya la compasión llena de simpatía que experimentó cuando la vió abandonada en la playa. Las últimas palabras de Martín de Brest iluminan esta trágica escena con desastroso fulgor.

«Mi sobrino era ya novio de mi hija antes que Bertranda lo conociera. Ella sabía, sí, sabía que Valeria estaba perdidamente enamorada de su primo.»

Lo sabía, sí. ¿Cómo habría podido ignorar aquel amor que Valeria no trataba de disimular, aquel amor que transfiguraba su fealdad, haciéndola casi bonita, aquel amor que se revelaba en todas sus palabras? ¿Y cómo no lo habría confiado á su amiga? Para Felipe, á quien toda deslealtad subleva, Bertranda no es ya la interesante víctima de la seducción, sino la mujer artificiosa que procura robar á una amiga el corazón de su prometido. Tampoco le perdona su casamiento con el pobre Martín de Brest, ¡y sin embargo, ha mentido por no deshonrar á esa ambiciosa, á esa intrigante!

Pero hay un ser execrado en el cual cifra todo su odio. ¡Oh! ¡Si no estuviese encadenado á la cubierta de su buque! ¡Si pudiera escupirle á la cara todo su desprecio! ¡Paciencia, que ya llegará el día!.. Por largas que sean las navegaciones tienen un término, y si las montañas no se encuentran, los hombres se encuentran cuando se buscan. ¡Buscaría al traidor, le echaría en rostro su infamia y le abofetearía!

No se vive meses enteros con la vista fija en un problema sin llegar á resolverle: Felipe ha encontrado la pista que buscaba. También se lo debe á las queridas cartas de Elena. En una de ellas, por siempre más preciosa, en la que aprobaba enteramente su conducta cuando su fuga de la quinta Martín, añadió que Santiago de Sommeres le censuraba. No era dudoso que Santiago se lo había contado todo á su amigo, y éste, abusando de la confianza, se permitió poner en evidencia á Felipe para satisfacer sus rencores, sus codicias y sus concupiscencias.

Si el marino hubiese vivido entonces en uno de esos sitios en que abundan las distracciones, quizás se habría disipado ó aminorado la impresión de su entrevista con Martín; si hubiese tenido más años ó

cia. Cuando la *Andrómeda* fondea de regreso en Rochefort, ya no es en Leodiceo en quien principalmente piensa, sino en Lila y hasta en Fernando. Su corazón dolorido siente la ardiente necesidad de en-

XVI

«El hombre olvida lo mismo que se consuela, ha dicho La Bruyère; en el corazón no hay siempre motivo para llorar ni para amar.»

Fernando Duvernoy olvidaba y, sin creerlo, se consolaba. Primeramente, había recorrido los sitios más célebres de Europa sin detenerse en ellos: apenas llegaba, volvía á partir, fatigado del barullo de las fondas, del tumulto, de la baraúnda alegre y bulliciosa de los viajeros. No podía soportar la vista de esos seres felices que van por parejas á través de la vida, cuando él se encontraba solo, y se enfadaba en su interior con esas personas indiferentes que chocaban con su pena, con esos jóvenes que realizaban el viaje de su luna de miel haciendo insolente ostentación de su ventura, y también con las parejas ancianas que iban con apacible aspecto de satisfacción; por último, casi le sabía mal que las jóvenes



El Sr. Martín examinaba al joven ávidamente

estado más avezado á la maldad de los hombres, tal vez hubiera considerado este incidente con filosófica resignación y dejado á la Providencia el cuidado de castigar las perfidias, pero se hallaba aún en la edad de las indignaciones generosas y de las resoluciones caballerescas.

Entretanto transcurren los meses y los años: el viaje es largo. Aunque no se deje distraer de su determinación, Felipe siente á pesar suyo algo de esa resignación que traen consigo el tiempo y la distan-

contrar un poco de amistad, de bienvenida; quiere verlos, abrazarlos; sabe que están en Bucharest, irá á verlos ante todo y luego se ocupará de Leodiceo.

Otro pensamiento le decide. Santiago había dicho á Elena que Leodiceo era un gran tirador, un duelista: Felipe podría perecer en el lance, pues el duelo no es un juicio de Dios. No quiere morir sin dejar asegurado el dichoso porvenir de Lila, y no tendría derecho de perecer si encontrase desventurada á la niña.

viviesen y que las viejas no hubiesen ya muerto. Habría querido vivir en los cementerios; buscaba el dolor ajeno; pero en aquella vida errante los dolores ajenos eran raros y casi imposibles de encontrar.

Resolvió, pues, que en lugar de alojarse en las fondas, se procuraría instalaciones temporales, aunque fuera por un solo mes y hasta por una semana; quería de todos modos estar en su casa.

Carlota fué sumamente preciosa en estas contingencias: discutía los precios con los propietarios demasiado avarientos; gustábale la economía y no quería que saqueasen á su amo. Este agradecía sus buenos servicios y se lo demostraba con gratificaciones y regalos, gratificaciones y regalos que excedían sin duda de los precios que los propietarios hubieran exigido por sus alquileres; pero Carlota se mostraba reconocida y á su vez se ingeniaba por demostrarlo con mil delicadas atenciones.

(Continuará)

## UN MERCADO EN AMALFI

CUADRO DE P. SALINAS

Nuestro distinguido paisano, que tan admirablemente sabe trasladar al lienzo las costumbres populares españolas, de tal manera ha logrado identificarse también con el modo de ser del pueblo italiano, que sus cuadros inspirados en escenas y lugares de Italia parecen obra de artista en aquella hermosa península nacido. Hay tanta verdad en ellos, tanta sinceridad, tanto color local, que se hace difícil comprender cómo puede un extranjero alcanzar una perfección que por regla general suele estar reservada á los pintores nacidos y criados en el país. Esa asimilación del sentimiento de un pueblo que no es el suyo, esa percepción clara de la realidad observada durante un tiempo relativamente corto; son cualidades que resaltan en la obra de Salinas que reproducimos en esta página: el autor de *Un mercado en Amalfi* ha conseguido algo más que copiar lo que sorprendió su mirada; ha difundido por todo el cuadro el espíritu y el carácter de una población, carácter y espíritu que sólo puede verse con los ojos del alma.

## SECCION CIENTIFICA

INFLUENCIA  
METEOROLÓGICA  
DE LOS BOSQUES

M. Claudot, inspector de bosques de Francia, ha publicado en la revista *Ciel et Terre* interesantes observaciones acerca de la influencia meteorológica de los bosques, asunto que ha sido por parte de él objeto de especialísimos estudios.

La temperatura media del aire á 1'50 metros sobre el nivel del suelo es más baja en los bosques que fuera de ellos; pero la diferencia es muy pequeña, pues raras veces llega á 0'5°: en cambio la temperatura preséntase allí mucho más constante que en campo raso, siendo las oscilaciones diurnas menos bruscas y apartándose menos de la media la máxima y la mínima.

Esta acción moderatriz de los bosques parecese á la de los océanos, que tienden á suavizar los climas excesivos ó continentales y á aproximarlos á los climas constantes ó litorales, y á ella se debe la atenuación á veces considerable de los desastrosos efectos de las heladas primaverales y la conservación de los órganos vegetales nuevamente desarrollados, tales como los botones, las hojas ó las flores.

Por otra parte, en igualdad de circunstancias la lluvia es más abundante en los bosques que en las llanuras. En las selvas frondosas, las copas de los árboles detienen una fracción de las aguas pluviales

que en verano es dos veces mayor por lo menos que en invierno y que en un año entero varía á veces desde 8 á 100 por 100. A pesar de esta pérdida, gracias á la mayor abundancia de lluvias, el suelo de los bosques está mucho mejor regado que el de las regiones agrícolas, y estudiando las medias anuales se ve que la evaporación del agua es tres ó cuatro veces mayor en terreno descubierto que en el



Un mercado en Amalfi, cuadro de P. Salinas

reño forestal: doble ó triple durante el invierno, esta evaporación puede llegar á ser en verano siete veces más considerable. En terreno descubierto el máximo de evaporación se observa en el mes de julio; en los bosques, en el de abril. En todo suelo cubierto de bosque se encuentra que los puntos más expuestos á los vientos del Sur y del Suroeste son los que mayor cantidad de agua reciben. La cantidad de agua que cae en un bosque excede en un 11 por 100 á la que riega las llanuras, aun teniendo en cuenta la parte de ella interceptada por las hojas.

En resumen, el suelo de los bosques está más regado y conserva mejor la humedad.

## REGULADOR AUTOMÁTICO

DE TENSION

Todo el mundo sabe hoy en día que en una distribución de energía eléctrica importa mucho mantener la diferencia de potencial lo más constante posible. En las grandes instalaciones de las estacio-

nes centrales se consigue esto generalmente por la mano, pues los electricistas encargados de la vigilancia del cuadro de distribución hacen variar las resistencias de excitación de las máquinas siguiendo las indicaciones del voltmetro.

Pero en las pequeñas instalaciones no siempre se puede tener un electricista especial junto al cuadro, y sin embargo se necesita mantener la tensión constante, siendo preciso entonces recurrir á los reguladores automáticos. El número de aparatos de esta clase es muy grande, y si bien es cierto que muchos dan malos resultados, no lo es menos que algunos funcionan perfectamente. El principio en que se basan estos reguladores es bien conocido y no hemos de insistir sobre el mismo: la corriente derivada, si se trata de la diferencia de potencial, ó principal si se trata de la intensidad, atraviesa un solenoide; en el interior hay un núcleo de hierro que es más ó menos atraído y cierra ó abre un circuito, y por diversas combinaciones la manecilla del reostato se mueve para aumentar ó disminuir la resistencia de excitación.

En la Exposición del Centenario del Conservatorio de Artes y Oficios recientemente celebrada en París, hemos visto un regulador automático que nos parece interesante dar á conocer á nuestros lectores y que ha sido construído por M. J. Richard, el conocido constructor de aparatos de precisión. El grabado que publicamos en la página siguiente reproduce las diversas partes de que el aparato se compone.

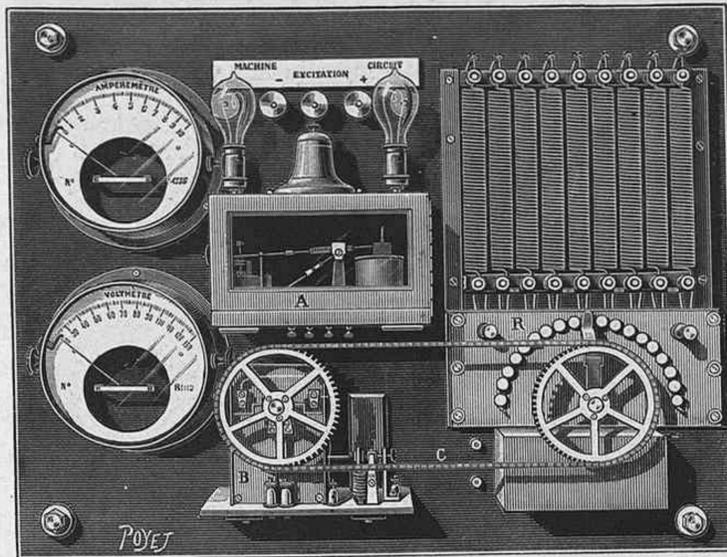
El aparato avisador A unido á las bornas del voltmetro se compone de un solenoide en el cual hay un núcleo

de hierro dulce fijado en el extremo de una palanca cuyo otro extremo sirve para establecer los contactos y obra como enlace para lanzar la corriente á un pequeño servo-motor. La sensibilidad de la palanca puede ser fácilmente regulada por medio de contrapesos, pudiendo obtenerse un movimiento en un sentido ó en otro por una diferencia de un volt. El movimiento de la palanca cierra un circuito especial ó un circuito empalmado en la máquina reguladora con un pequeño motor B que, por medio de una serie de transmisiones, pone en movimiento una cadena Galle C, la cual mueve una rueda que gobierna una barrita que, á su vez, se mueve sobre las teclas

de un reostato R, colocado en el circuito de excitación de la máquina. Siguiendo el movimiento hacia adelante ó hacia atrás, según la marcha del motor, se obtiene una variación de excitación y por consiguiente una variación de la diferencia de potencial producida. El motor sólo consume 0'5 amper y 3 volts y está colocado en circuito, bien con una lámpara encarnada, bien con una lámpara azul, según que se trate de una disminución ó de una elevación de tensión.

Hemos visto funcionar este aparato en distintas circunstancias y hemos podido comprobar que es sumamente sensible y que se pone en movimiento en cuanto se llega al límite regulado. En nuestras observaciones hemos apreciado variaciones de resistencia para variaciones de potencial que apenas llegaban á un volt.

El órgano más importante de este regulador es indudablemente el motor eléctrico, que recibe la corriente cuando se presenta la variación y que se pone en marcha arrastrando las transmisiones intermediarias. Varias escobillas se apoyan sobre el colector sin la menor huella



REGULADOR AUTOMÁTICO DE TENSIÓN

de chispas cuando el motor está en movimiento. Este regulador automático tendrá de fijo muchas

Estos resultados, sin embargo, no pueden admitirse sin conocer los detalles de los experimentos.

aplicaciones y prestará excelentes servicios á las pequeñas fábricas de electricidad.

(De La Nature.)

J. LAFARGUE

\*\*

EL CALOR DESARROLLADO POR LAS LÁMPARAS INCANDESCENTES

El periódico londinense *Lancet* quiere combatir la preocupación tan generalizada de que la lámpara incandescente no desprende calor, y llama la atención sobre los peligros de incendio que puede llevar consigo este sistema de alumbrado. «Hemos sumergido — dice — una lámpara de 16 bujías (á 100 volts) en un cuarto de litro de agua, y al cabo de una hora el agua se ha puesto á hervir; después la hemos envuelto en guata, y pronto ésta ha empezado á chamuscarse y ha acabado por arder. Y finalmente varios objetos de celuloide colocados junto á la misma lámpara se han inflamado en pocos minutos.»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 CAPSULAS APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORS, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hipertensiones, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Grazeas al Laetato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**PILDORAS y JARABE de BLANCARD**  
 con Ioduro de Hierro inalterable  
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.  
 Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.  
 Precio : PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afeccion Espasmodica de las vias respiratorias.  
**ASMA**  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C<sup>ie</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.

**Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN**  
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ta</sup> de F<sup>ie</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ie</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm<sup>ie</sup>, 114, Rue de Provence, en PARIS  
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et C<sup>ie</sup> 83, St-Denis, en Paris

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Leannec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abofoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del Pecho y de los INTESTINOS.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

**LA DERROTA DE HORACIO NELSON**, por *Mario Arozena*. — La victoria que en 1797 consiguió la población de Santa Cruz de Tenerife sobre las fuerzas inglesas mandadas por el almirante Nelson, constituye indudablemente una de las más gloriosas páginas de la historia, y con razón valió á aquella villa el título de Muy Noble, Leal é Invicta. El libro que sobre tan importante hecho ha publicado el distinguido escritor canario Sr. Arozena es un estudio histórico de gran valor por la profundidad con que está concebido, por lo metódico del plan á que se ajusta, por el interés de los sucesos que refiere, por la gran copia de fehacientes datos que contiene y por los curiosos documentos en que la narración se apoya. *La derrota de Horacio Nelson* fué premiada con pluma de plata en el certamen literario celebrado por el «Gabinete Instructivo» de Santa Cruz en julio de 1897, y ha sido publicada á expensas de la citada sociedad, habiéndose impreso en la Imprenta isleña de Hijos de Francisco C. Hernández.

**LAIS DE CORINTO**, por *A. Debay*. Traducción de *G. Belmonte Müller*. — Este libro es una interesante y curiosa biografía anecdótica de la célebre cortesana corintia y fué escrito en francés por A. Debay, quien tomó en parte los datos de un antiguo manuscrito griego por él descubierto. La «Biblioteca Selecta» que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar, ha publicado una excelente traducción de dicha obra, debida al Sr. Belmonte: se vende á dos reales.

**AIRES MURCIANOS**, por *Vicente Medina*. — En el prólogo que para este libro ha escrito D. J. Martínez Ruiz leemos, entre otras cosas: «Medina es un artista cabal, enamorado del arte, entusiasta de la naturaleza, del campo, de los paisajes de su tierra. Sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega ó fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor.» La lectura de las delicadas poesías del Sr. Medina es la mejor demostración de que estas alabanzas no son sino estricta justicia. *Aires murcianos*, impreso en Cartagena, se vende á una peseta.



LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ, cuadro de Juan Everett Millais

**EL DESARROLLO DE LOS PAPELES FOTOGRAFICOS PARA IMPRESIÓN DIRECTA**, por *R. Ed. Licsegang*. — La «Biblioteca de La Fotografía práctica» que con tanto acierto dirige en Barcelona D. José Baltá de Cela, ha publicado la traducción española de esta obra alemana, cuyo interés para cuantos á la fotografía se dedican no hemos de encarecer porque bastante lo abona el título del libro y el nombre de su autor. Véndese á 1'50 pesetas.

**LA NATURALEZA. — CONSTELACIONES**, por *J. Rivas Groot*. — Dos inspiradas composiciones abundantes en bellas imágenes y escritas en armoniosos versos por el distinguido poeta colombiano Sr. Rivas Groot: han sido impresas en Bogotá en la imprenta de Medardo Rivas.

**CARTILLA DE FÓRMULAS DE ABONOS PARA DISTINTOS CULTIVOS**. — La Cámara Agrícola Oficial de Valencia acaba de prestar un valioso servicio á la agricultura, que ha de reportar inmensas ventajas á los labradores: en forma clara, sencilla, práctica, al alcance de todos acaba de publicar la *Cartilla de fórmulas de abonos para distintos cultivos*, cuya redacción ha sido confiada á los distinguidos y competentes agricultores señores Sanz Bremón, Aliño, Vidal, Ordeig y López Guardiola. La cartilla, trabajo que honra á la citada Cámara Agrícola y á los que la han redactado, ha sido impresa en la tipografía de Ripollés, Valencia.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

*La Revista Médica de Puerto Rico*; periódico científico y profesional que se publica quincenalmente en San Juan de Puerto Rico; *Revista de Quito*, semanario de política, literatura, noticias y variedades, de Quito (Ecuador); *Correo Tipográfico*, revista técnica ilustrada que se publica en Barcelona; *El Duende*, semanario de Panamá (Colombia); *Bilbao Marítimo y Comercial*, revista semanal independiente; *La avicultura práctica*, boletín mensual ilustrado, órgano de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar; *El Seguro*, boletín de la Sociedad de Seguros Mutuos «Austria Hungría»; *Feria Concurso Agrícola*, órgano oficial del Comité ejecutivo de la Feria Concurso recientemente celebrada en Barcelona.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.  
 (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY  
 Y en todas las Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
**DEHAUT**  
 DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los **fuujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc.** Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **fuujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.** — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS  
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'CORVISART, EN 1858  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**  
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**  
 Depurativo SIMPLE, Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES** *Acreditada de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.*  
 El Mismo con **IODURO DE POTASIO** Empleado como tratamiento complementario del **ASMA**, este medicamento es igualmente **SÓBERANO** en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de **MÉDICOS ESPECIALES.**  
**CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS.** Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

**VINO AROUD**  
**MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.**  
 DOS FÓRMULAS:  
**I — CARNE - QUINA** En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.  
**II — CARNE-QUINA-HIERRO** En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.  
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.  
**CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria